

FRANCISCO:
UN PAPA QUE MIRA LEJOS

FRANCISCO: UN PAPA QUE MIRA LEJOS

FRANCISCO: UN PAPA QUE MIRA LEJOS

© Jorge Costadoat S.J.

Impreso en Santiago de Chile
Octubre de 2017

Registro de propiedad intelectual N° NNN
ISBN libro impreso 978-956-NNNN-NNN
ISBN libro digital 978-956-NNNN-NNN

Impreso por Dimacofi

Diseño de portada y diagramación interior
Alejandra Norambuena

JORGE COSTADOAT



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados.
Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

INDICE

INTRODUCCIÓN	9
I. COLUMNAS	11
Pueblos miserables de la tierra	13
La teología “en veremos”	17
Vigencia de la teología de la liberación	21
La reforma litúrgica debe continuar.....	25
Crítica participación de las mujeres en la iglesia.....	29
Criterios para leer <i>Amoris laetitia</i>	33
¿Qué pueden hacer los divorciados para comulgar en misa?	37
La Iglesia Católica en pausa	41
II. ARTÍCULOS	45
Cambios que el Papa representa.....	47
Un Papa latinoamericano	55
El mundo en el pensamiento del Papa Francisco.....	75
Importancia de la familia.....	95
De la espiritualidad introvertida a la extroversión misionera	125
ORIGEN DE LOS TEXTOS.....	147

INTRODUCCIÓN

En un libro anterior sostuve que no soy “papólatra”¹. Al publicar este segundo se dirá que sí lo soy. Insisto: lo que me interesa es sumarme a los cambios que el Papa Francisco impulsa o representa.

Es opinión común que la Iglesia debe adaptarse, acomodarse o ajustarse a los tiempos. Esta necesidad proviene, además, de la misma índole histórica del cristianismo. Perteneció al dogma de la encarnación que, al hacerse el Hijo de Dios un ser humano como nosotros, tuvo que desarrollarse y llegar a ser adulto como cualquiera. La Virgen le enseñó a hablar, a rezar, entre otras muchas cosas más. Jesús no nació sabiéndolo todo. También la Iglesia en dos mil años ha debido aprender de su experiencia de Cristo. Lo ha hecho con dificultad, formulando su fe en él paso a paso; queriendo siempre comunicar el Evangelio de un modo nuevo a las nuevas generaciones.

El libro en sus manos pretende exactamente esto, en una época en que en muchos países la pertenencia a la Iglesia se desmorona. Los católicos que dejan de creer en la Iglesia, tarde o temprano pueden dejar de creer en Jesucristo. Los motivos de esta crisis son sin duda varios. En cuanto a lo que a mí me interesa, deseo ayudar al papa Francisco a anunciar a Cristo en las claves culturales en las cuales él puede ser comprendido.

¹ Cf., Jorge Costadoat, *Francisco Papa. Señal de grandes cambios*, San Pablo, Santiago 2014.

Este libro se compone de varias columnas publicadas en portales electrónicos y algunos artículos publicados en revistas teológicas. Por esto mismo, no es obligatorio leerlo de principio a fin. Puede el lector, por tanto, comenzar la lectura por cualquier título y, si se anima, seguir al siguiente.

I

COLUMNAS

PUEBLOS MISERABLES DE LA TIERRA

Vagan por doquier. Migran. Millones. Unos buscan mejores condiciones para sus familias. Unos lo perdieron todo.

Otros, en cambio, pocos, concentran la riqueza de un modo espeluznante. Ocho personas tienen más que los 3.600 millones más pobres. Hoy ya el 1 % más rico tiene el 99% de los bienes. El acaparamiento no para.

Llegará el día, estamos cerca, en que habrá más pan que libertad. Pan de insumo para alimentar a los trabajadores que aún no hayan sido reemplazados por un robot. Hemos de temer que terminaremos pensando igual que los dueños de los periódicos. Los políticos que regalonean con la empresa privada nos darán pan a costa de la democracia.

¿Qué se puede hacer? ¿Hay quienes den la pelea?

Los pueblos pobres de la tierra han sido víctimas de los mismos imperios que hoy no saben qué hacer con ellos. EE.UU. ha sido el imperio que más recientemente le ha puesto la bota encima a los países pequeños. Ha explotado su minas, ha cosechado sus plantaciones. Inventó una guerra contra Irak para probar nuevas armas que desarrolló con los US \$ 537.199.000.000 de presupuesto anual (2015), equivalente al gasto militar del resto del mundo. Muchos iraquíes huyen buscando refugios fuera de su territorio.

También Europa ha hecho algo parecido a EE. UU., tal vez peor. Inglaterra, el más grande imperio de la humanidad dominó la India. No suelta Las Malvinas. Y el resto: Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Portugal, seguro que olvido a otros, destruyeron África. La colonizaron para sacarla de la

barbarie con los valores de la Ilustración (Todorov: 2012). Dinamitaron las culturas originarias, les impusieron una versión totalitaria del cristianismo que combatió los mitos que sus pueblos habían forjado para establecer una relación armónica en el mundo peligroso que habitaban. Les hicieron aprender sus lenguas, les vendieron sus armas, avivaron las luchas de unas razas contra otras y devengaron pingües ganancias. Y se fueron. Dividieron el continente con regla y escuadra, y partieron.

¿Qué hacer? No pierdo la esperanza. Como cristiano me siento orgulloso de este Papa. Francisco se dirige a los movimientos populares en Bolivia, a los cartoneros, cata-dores, pepenadores, recicladores: “Pueden hacer mucho. Ustedes, los más humildes, los explotados, los pobres y excluidos, pueden y hacen mucho. Me atrevo a decirles que el futuro de la humanidad está, en gran medida, en sus manos, en su capacidad de organizarse y promover alternativas creativas, en la búsqueda cotidiana de las ‘tres T’. ¿De acuerdo? Trabajo, techo y tierra. Y también, en su participación protagónica en los grandes procesos de cambio, cambios nacionales, cambios regionales y cambios mundiales. ¡No se achiquen!”.

Pueblos miserables. No pertenecen a nadie. Nada les pertenece. Tienen hambre. No han podido ofrecerles un futuro digno a sus hijos en sus propios países. Parten a buscárselo en otras tierras, pero a riesgo de hundirse en el Mediterráneo. Donde lleguen se los verá como culpables. Si roban una manzana, se los expulsará con familias y todo. Si no tienen papeles, no podrán alegar si alguien se aprovecha de ellos.

Pero el inmigrante es inocente. Así lo creemos algunos. Migrar es un derecho humano. El migrante es un inocente

que los grandes países nos hacen creer que algo malo han hecho. “¡Se nos meten por todas partes!” se quejan. “Nos quitan nuestros trabajos, se aprovechan de nuestra seguridad social. Destruirán nuestra cultura, relativizarán nuestras creencias religiosas”.

Seres humanos que ya no tienen ninguna nacionalidad más que la de ser “migrantes”. Los apátridas tienen menos derechos que los delincuentes. Esta es una nueva nación. Inmigrantes y refugiados. Huyen de la guerra, de la muerte. Se dejan vender y comprar. Se prostituyen. Se dejan denigrar. “Negros”. Tampoco faltan interpretaciones “benignas”: “suplen nuestra falta de natalidad”, se repite. “Nos hacemos de los mejores de los otros países. Los migrantes son los más inteligentes y emprendedores”.

¿Qué haremos? “Ay de los ricos”, decía Jesús. Pero también decía el “reino de los cielos es como un semillita de mostaza”. Crece sin que nadie se dé cuenta. Se puede ser hospitalario. Se puede cancelar en el alma el instinto racista. Sumarse a un voluntariado. Existen oficinas como la del Servicio jesuita para los migrantes (SJM) que los acogen y los defienden. Los calabrinianos los protegen hace muchos años. No todo está perdido.

Tengamos en mente las ONGs, los movimientos sociales, los sindicatos, la caridad callada con los abandonados, niños o viejos... No se puede olvidar que las mujeres han ganado espacios en la cultura y en la sociedad porque “rompieron huevos”. Los gays se hacen respetar. Los ecologistas nos han abierto los ojos y nos tienen reciclando, cuidando el agua, evitando los plásticos. Surgen políticos jóvenes. Si hay un partido que cambie la ley de inmigración, le aseguro mi voto.

¿Qué haremos? Siempre es posible entregar el corazón.

La teología tiene una tarea pendiente. Una tarea ciertamente enorme. Tal vez desde los inicios del cristianismo la Iglesia no experimentaba una necesidad tan grande de pensarse teológicamente en su mundo respectivo.

¿Le está ayudando la teología a la Iglesia en esta nueva época? Independientemente de los sectores eclesiásticos que ven en cualquier intento por “dar razón” del cristianismo una amenaza casi personal, creo que la teología mejor es muchas veces la peor. Me explico: mucha teología solo incrementa los anaqueles de las bibliotecas. Es teología de teología, es teología sobre la teología que un tal hizo sobre otro que alguna vez dijo esto o aquello; pero, de tanto irse por el “lomo del queso”, nunca es teología de la realidad. Y es esta, estoy convencido, la teología que la Iglesia necesita antes que de la otra (que también necesita, por cierto).

El caso es que la distancia de la Iglesia con la cultura —la cultura predominante y las diversas culturas—, es creciente. La actual configuración histórica y cultural de la Iglesia no soporta tantos y tan acelerados cambios. Este fue ya el diagnóstico del Vaticano II hace 50 años. Hoy la tensión es mucho mayor. La Iglesia cruje, la relación entre la institución eclesiástica y el Pueblo de Dios en general chirría. El foso entre “lo oficial” y el común de los bautizados (incluidos sacerdotes y obispos) es tan grande que no se sabe exactamente quién tiene real autoridad para orientar a los demás. La investidura, es clara quien la tiene. La autoridad, para nada.

Una cosa sabemos: mientras la caridad sea lo primero, siempre navegaremos en la dirección correcta. El Papa Francisco ha enderezado el timón y la nave recupera el rumbo. Pero la caridad cristiana acierta verdaderamente cuando exige y depende de una articulación de la fe y la razón. Una caridad pueril y piadosa nunca debe ser despreciada, pero tampoco mistificada. La caridad que hoy necesitamos requiere ser excogitada en todos los planos de la vida humana, y a nivel político y planetario, para lo cual se necesita una teología que salga del despacho universitario, que se libere de los estándares de rendimientos científicos, una que tenga el coraje que tiene el mismo Papa para ensayar y equivocarse. Porque esta teología, la que está pendiente, tiene que ser teología que se confronte con hipótesis e interpretaciones de una realidad cada vez más difícil de comprender; que se sitúe históricamente y piense su quehacer en una cultura en transformación variopinta, disparatada muchas veces, e incesante. Lo que se requiere es una conversión teológica en 180 grados. La teología se ha ocupado de la revelación de Dios en el pasado; la que se necesita ahora debiera concentrarse en el habla de Cristo en el presente. Sin una teología de este tipo, la propuesta evangelizadora está naufragando.

Tomemos dos ejemplos actuales y felices. En estos casos ha habido un trabajo teológico serio por hacerse cargo de los desafíos culturales actuales. He aquí un Papa que, gracias a una teología que ha procurado responder a la época, escruta los acontecimientos y descubre en ellos algo que no está en las Escrituras aunque sin estas no tendría como descubrir. Francisco Papa ha querido hacerse cargo de la posibilidad de que Dios enseñe algo nuevo en las transformaciones culturales de la sexualidad y en la reacción mundial ante

la crisis socio-ambiental que tiene a la Tierra al borde del abismo. Con *Laudato si'* la Iglesia responde con el Evangelio al desafío número uno del género humano: una humanidad liberada de su pertenencia al cosmos, no haya su razón trascendente de ser y acabará ella, y el resto de los vivientes en un gran basurero. Con *Amoris laetitia*, en cambio, tenemos la respuesta que la Iglesia da a su propio fracaso en la evangelización de la sexualidad, del matrimonio y de la familia. Debe celebrarse el paso adelante, aunque sea insuficiente. La pluralidad cultural a la cual la Iglesia quiere responder con el Evangelio es tan grande, que la enseñanza que puede ayudar en un lugar, puede hacer ruido en otro. Esto, sin considerar la resistencia de uno o más pastores desalmados que siempre procuran hacer valer la doctrina a rompe y rasga.

La Iglesia no tiene solución para cada problema humano que se plantee. Las Escrituras y la tradición no pueden seguir siendo interpretadas de un modo fundamentalista. La autoridad teológica reside en estas fuentes, pero, ¿no es necesario reconocer en los acontecimientos históricos un habla de Dios que ha de ser oído y obedecido? ¿No tendríamos, por ejemplo, que actualizar los textos litúrgicos con un lenguaje de género que por fin reconozca la dignidad de las mujeres? Si la teología hoy no ayuda a la jerarquía eclesiástica a ubicar a las mujeres en el lugar evangélico que merece, si no se hace cargo del más importante signo de los tiempos del siglo XX, no es teología. Otra cosa será. Algo inútil será, u ofensivo.

Esta es, en suma, la apuesta de la teología latinoamericana de la liberación, aunque no siempre lo haya expresado con claridad. Lo ha hecho a borbotones y a pesar de varias zancadillas. Estas, sin embargo, indican que su apuesta es la correcta.

¿Qué ocurriría si todos los tratados y manuales de enseñanza de la teología fueran hechos pasar por la criba de la experiencia espiritual de los cristianos y el discernimiento de los signos de los tiempos? ¿Y si también la pasión y la lucha de los pobres fuera considerada...? No me consta que se haya intentado tanto, pero no debiera ser otro el gran programa teológico del futuro. Mientras los agentes pastorales y las autoridades eclesíásticas en particular, continúen siendo formados con una “teología de teología”, es decir, con una que no se confronta con el hombre y mujer reales, el divorcio de la Iglesia con su época, que se replica dramáticamente dentro de ella misma —entre los clérigos y los laicos, y adentro de cada bautizado—, se acrecentará en vez de estrecharse.

La teología está “en veremos”. La Iglesia también.

VIGENCIA DE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

“La Teología de la liberación fue una cosa positiva en América Latina”, afirma el Papa. Responde así a la pregunta del periodista de El País dada en una larga entrevista recién este domingo. La frase ha debido estremecer a los sectores católicos conservadores iberoamericanos. Dirán que esta es la prueba que faltaba para confirmar que Francisco es comunista. Pero el mismo Papa aclara que la que fue condenada fue la versión de la Teología de la liberación que utilizó el marxismo como método de análisis de la realidad. En otras palabras, que no toda la Teología de la liberación ha sido marxista. Pero, ¿cuál no lo ha sido?

Si hubo una Teología de la liberación marxista, terminado el marxismo, ha perdido toda relevancia. Si hubo una Teología de la liberación que no fue marxista, ¿qué queda de ella? El periodista y Francisco dan por acabas ambas. “Fue cosa positiva”, afirma el Papa.

¿“Fue”? ¿Es? ¿Ha quedado algo de ella?

Si la Teología de la liberación terminó, felices estarán los sectores católicos responsables en gran medida de la miseria latinoamericana de los años sesenta y de la irreductible desigualdad del tercer milenio. Pero la “Iglesia de los pobres” que Francisco auspicia habrá perdido su lanza intelectual.

Sostengo, por mi parte, que la Teología de la liberación no ha muerto y, por ende, la Iglesia latinoamericana sí tiene futuro.

Distingo dos aspectos metodológicos de esta teología que difícilmente pueden ser cuestionados. Esta teología postula que el “lugar hermenéutico” para reflexionar sobre la fe en Jesucristo incide decisivamente en la manera de comprenderla y de vivirla. No es lo mismo el “dónde”. No puede ser igual la teología de los africanos, de los asiáticos, de los brasileros o de los centroamericanos. Las iglesias se localizan en la historia y culturas determinadas. Ninguna, ni siquiera la iglesia de Roma, tampoco el Papa, puede decir, bajo todos los respectos y en todas las situaciones, “tengo la única interpretación” del Evangelio. Pero hay otro asunto metodológico —discutido entre los autores— mucho más relevante. Este consiste en postular que aquel “lugar hermenéutico” puede ser también un “lugar teológico”. A saber, que Dios puede “hablar” en los acontecimientos históricos que atañen a una iglesia en particular. No es lo mismo que la revelación contenida en las Escrituras ilumine la realidad actual de una iglesia determinada a que Dios “diga” algo a ella en el presente. La Teología de la liberación sostiene que Dios hoy repudia la violencia que asola a muchos países de América Latina. En los últimos diez años, son 100,000 los muertos y 50,000 los desaparecidos. En el continente los feminicidios son muchísimos.

Pues, además del método de esta teología —aún en revisión—, mientras haya esclavitudes y dependencias de unos seres humanos por otros, mientras se acentúe el descarte de personas consideradas inútiles, la Teología de la liberación será indispensable. Esta teología acude a socorrer a las víctimas de un “pecado social”. Mientras este siga destruyendo al ser humano, los teólogos de la liberación tendrán trabajo.

Es más, si lo propio de los adultos es pensar con autonomía, una Iglesia latinoamericana dependiente intelec-

tualmente de Roma es una iglesia infantil. Si sigue operando con teología europea, no tiene futuro. La falta de reflexión sobre la experiencia situada personal y colectiva de Dios no debe considerarse una posibilidad. Es una condición sin la cual se atenta contra el credo de la misma Iglesia, el cual exige articular fe y razón.

¿Cómo se ve el futuro? Sin Teología de la liberación, muy oscuro. Si esta no es enseñada en las facultades y los seminarios latinoamericanos, si en estos no hay autonomía y libertad para pensar, si los seminaristas continúan siendo formados para servir las necesidades misioneras de la Iglesia europea, ¿qué se puede esperar?

Celebro el reconocimiento que Francisco hace de la Teología de la liberación que “fue”. Preferiría que no la dé por terminada.

LA REFORMA LITÚRGICA DEBE CONTINUAR

Los que creen que el cardenal Sarah es pintoresco, se equivocan. El intento de introducir un cambio litúrgico del Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos en 2016, no debe ser visto como estrambótico. ¡Cuidado! Su propuesta para que los sacerdotes celebren la misa cara al Oriente o hacia el ábside de los templos, espaldas al pueblo, no fue un traspié de un eclesiástico africano. El prefecto es uno entre otros que quieren una “reforma de la reforma” de *Sacrosanctum concilium*, la constitución sobre liturgia del Vaticano II.

El antecedente más importante de este intento de revisión del cambio más visible del Concilio, es la ruptura de la unidad litúrgica de la Iglesia católica ocurrida con la reintroducción del Misal de Pío V por voluntad de Benedicto XVI (Faggioli: 2017). Francisco, sin embargo, quiere avanzar en la dirección contraria. Este es el primer papa que no fue actor en el Vaticano II, pero no parece ignorar que *Sacrosanctum concilium* fue aprobado por 2162 contra 46 votos. La Santa Sede paró en seco la iniciativa de Sarah.

Este año 2017, el Papa Francisco ha rechazado la idea de una “reforma de la reforma”. Lo que corresponde recordar, en sus palabras, es que “la reforma es irreversible”. En contra de quienes quieren revisar las opciones que se dieron al redactarse la constitución, el Papa pide “conocer las razones subyacentes” a *Sacrosanctum Concilium* y continuar con los cambios litúrgicos que impulsó. Dice Francisco: “la reforma es irreversible”.

No se trata de volver atrás, sino de avanzar: “hoy todavía hay mucho que hacer en esta dirección”. Insiste el papa. ¿A qué se refiere? No da ejemplos. Me permito, por tanto, sugerirlos. Se necesitan nuevos textos litúrgicos que incorporen aún más dos conclusiones dogmáticas del Vaticano II de extraordinaria importancia. La primera tiene que ver con haber recuperado el Concilio el carácter fundamental del bautismo. Si la dignidad fraternal del bautismo debiera regir las relaciones entre los cristianos, urge “desclericalizar” la misa. La liturgia es, etimológica y teológicamente hablando, “popular y no clerical”, piensa Jorge Bergoglio. Muchas de las palabras rituales aún sacralizan papas, obispos y sacerdotes, y consagran la separación entre lo sagrado y lo profano de la que Cristo, en principio, nos liberó. El papa pide que se reconozca la presencia de Cristo en el sacerdote, pero también en toda la asamblea de los fieles cuando celebran la eucaristía.

La otra gran innovación dogmática del Concilio es la contundente afirmación de la voluntad salvífica universal de Dios. A este propósito, aún resuena en la Iglesia la petición que Benedicto XVI hizo de introducir en las palabras de la consagración un “por muchos”, que algunas conferencias episcopales incorporaron en el canon, y que de algún modo indica que la salvación no era barata o que, en otras palabras, los católicos tenían ganada la *pole position* respecto de otros pueblos. En Roma Francisco, al consagrar, dice: *per voi e per tutti*. Su idea es que, según su discurso de 2017, la Eucaristía es para todos los que se abran al Evangelio: “pequeños y grandes están convocados”, así también “ricos y pobres, jóvenes y viejos, sanos y enfermos, justos y pecadores”. El criterio profundo, al celebrarse la misa, ha de ser la inclusión y no la exclusión. Si hay algo que este papa excluye, es el

fariseísmo de los que, en tiempos de Jesús y hoy en la Iglesia, se creen mejores, desprecian y se apartan de los demás.

Urge implementar otros ajustes litúrgicos: los textos tienen que reformularse en un lenguaje sensible a las diferencias de género, ya que los actuales prácticamente excluyen a las mujeres; es indispensable, además, que asuman una perspectiva eco-social; debieran también ayudar a ver la historia en clave de “signos de los tiempos”; por último, las lecturas veterotestamentarias que hablan de la violencia de Dios, de sus venganzas o castigos, debieran sacarse de los leccionarios. Se ha vuelto insufrible que el lector diga: “palabra de Dios”, después que el profeta Elías ha degollado a 450 profetas de Baal y todos repitan: “te alabamos, Señor”.

Será necesario todavía realizar un cambio mayor: suprimir el lenguaje sacrificialista de las plegarias eucarísticas que impide ver que los verdaderos sacrificios son los del amor. Jesús no se ofreció a sí mismo al Padre en el ara del Calvario para cumplir un rito sado-masoquista. La Eucaristía no es un rito neolítico, sino la cancelación de la religión del dios castigador y de las espiritualidades del miedo. El sacrificio de Jesús fue el del amor. Lo grato a su Padre fue haber Jesús dedicado su vida a achicar el sufrimiento humano y a perdonar sin límites. Hoy a nuestros contemporáneos parece de locos que Dios haya podido satisfacerse con la sangre de Jesús. También es una locura que un sacerdote, para revivir el sacrificio Cristo, se autosacralice a sí mismo y marque su diferencia con los demás.

Lo que la Iglesia necesita no es “reformular” la reforma litúrgica. Esto sería traicionarla. Se requiere, según el Papa Francisco, volver sobre los motivos que inspiraron a *Sacrosantum concilium* y continuar por la senda que nos abrió.

CRÍTICA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LA IGLESIA

El Papa Francisco ha abierto un ciclo de sínodos para auscultar lo que ocurre en la Iglesia. Terminó el sínodo de la familia. Comienza dentro de poco el de los jóvenes. ¡Extraordinario! Me pregunto: ¿no podría convocar un sínodo de las mujeres?

No un sínodo “sobre” o “para” las mujeres, sino uno “de” las mujeres: organizado y llevado a efecto por las mismas mujeres. Uno “sobre” o “para” las mujeres no se necesita. Terminaría en esos florilegios a las mujeres que, en vez atender a sus necesidades, las ensalzan tal cual son para que sigan haciéndolo tan bien como hasta ahora. Sí se necesita, en cambio, un sínodo “de” las mujeres: urge oír a las mujeres.

Para la Iglesia la escucha de la palabra de Dios en los acontecimientos históricos tiene una obligatoriedad parecida a la de dejarse orientar por la Sagrada Escritura. Si Dios tiene algo que comunicar en nuestra época, la Iglesia ha de discernir entre las muchas voces que oye aquella que, gracias a los criterios que le suministra su tradición histórica, es imperioso reconocer, oír y poner en práctica. Pues bien, sin duda la voz de los movimientos feministas de hace ya más de cien años constituye una palabra de Dios a la que la Iglesia debe poner atención. No toda propuesta feminista puede ser “palabra” de Dios, pero excluir que Dios quiera liberar a las mujeres ha llegado a ser, en teología, una especie de herejía; y, en la práctica, un tipo de pecado.

¿Qué habría la Iglesia de oír de las mujeres como signo de los tiempos? El derecho de las mujeres a ser mujeres, entiendo, se expresa en dos tipos de movimientos (Touraine: 2016). El movimiento “feminista”, en términos generales, ha luchado para que las mujeres tenga iguales derechos cívicos y políticos que los hombres. Este movimiento se replica en el campo eclesiástico en las demandas por participación de las mujeres en las instancias de gobierno, pastorales y sacramentales. La causa emblemática es la de la ordenación sacerdotal. Pero hay otro movimiento que es más profundo y más crítico, y que constituye el fundamento de derechos jurídicamente exigibles. A saber, el movimiento “femenino” que tiene por objeto la liberación “de” las mujeres “por” las mujeres de las funciones, categorizaciones y servicios que se le han impuesto a lo largo de la historia. Me refiero a la liberación interior que algunas mujeres han logrado alcanzar, desprendiéndose del patriarcalismo y androcentrismo que les ha sido inoculado desde el día de su nacimiento.

La Iglesia institucional en el mundo de las democracias occidentales ha llegado tan tarde a luchar por los derechos de las mujeres; es más, ha sido tan sorda a sus clamores de comprensión y de dignidad, que tiene poca autoridad para hablar de ellas. La misma exclusión de las mujeres en las tomas de decisión eclesiales es prueba de un interés insincero o acomodaticio por ellas. Acaba de terminar un sínodo sobre la familia en el que no votó ninguna madre.

Es verdad que ha habido algún espacio en la Iglesia para una liberación femenina. Siempre ha sido posible el encuentro persona a persona entre Dios y las mujeres —ocurrida, por ejemplo, en ejercicios espirituales y en la vida religiosa. Este encuentro ha hecho a las mujeres más mujeres. En estas ocasiones el amor de Dios ha podido sostener la

lucha de una “hija de Dios” contra la “sirvienta” del marido, de su hijos, de su padre y de su propia madre (“machista”). Pero, ¿han sido estos encuentros suficientemente significativos como para decir que la Iglesia se interese por las mujeres? ¿Quiere realmente la Iglesia que sean ellas personas libres y dignas, capaces de recrearse y recrear la Iglesia con su diferencia? ¿Interesa al colegio episcopal acogerlas, es decir, está dispuesto a considerarlas realmente protagonistas y no actores secundarios de la evangelización? Hoy muchas mujeres piensan que el estamento eclesiástico las sacraliza para sacrificarlas.

Las mujeres levanta la cabeza. Ya no aguanta que se aprovechen de su indulgencia. Me decía una señora de clase alta: “Dejé a mi ex marido cuando descubrí que me hacía sentir culpable por no tolerar sus violaciones”. Dos años después dejó la Iglesia.

La Iglesia necesita un sínodo de las mujeres.

¿Cómo habría de hacerse? No dará lo mismo el cómo. En este sínodo tendrían que participar especialmente las mujeres que están haciendo la experiencia espiritual de haber sido liberadas por Dios del “hombre” que, personal, cultural o institucionalmente considerado las ha precarizado. Ayudarían las muchas teólogas de calidad que existen. Las he leído. Poco tendrían que aportar, por el contrario, mujeres asustadas con su propia libertad. ¿Podrían participar en él algunos hombres? Sería indispensable. El descubrimiento de las mujeres por las mujeres necesita de la mediación de su “opresor”.

Hablo de algo grave. La actual condición de las mujeres en la Iglesia, a estas alturas, no es un descuido. Es un pecado. La apuesta cristiana es esta: el Evangelio ayuda a que las mujeres lleguen a su plenitud; el anuncio del Evangelio si

no se encamina a desplegar integralmente a las mujeres, no es evangélico.

Pensé que la carta del Concilio Vaticano II a las mujeres tendría algo que aportar sobre este tema. Nada. Todo lo contrario. Confirma el problema: “La Iglesia está orgullosa, vosotras lo sabéis, de haber elevado y liberado a la mujer, de haber hecho resplandecer, en el curso de los siglos, dentro de la diversidad de los caracteres, su innata igualdad con el hombre”. Sigue: “Esposas, madres de familia, primeras educadoras del género humano en el secreto de los hogares, transmitid a vuestros hijos y a vuestras hijas las tradiciones de vuestros padres, al mismo tiempo que los preparáis para el porvenir insondable. Acordaos siempre de que una madre pertenece, por sus hijos, a ese porvenir que ella no verá probablemente” (año 1965). La mujer es alabada y postergada.

El tema de las mujeres. Esta carta fue un saludo a la bandera.

Se necesita un sínodo que, al menos, devuelva a las mujeres la importancia que tuvieron en las comunidades cristianas de siglo I. Un sínodo, y mejor un concilio, que ponga en práctica al Cristo liberador de las más diversas esclavitudes y auspiciador de la dignidad de los seres humanos sin exclusión.

CRITERIOS PARA LEER AMORIS LAETITIA

La pregunta por la novedad de *Amoris laetitia* me parece ser un punto de observación y de juicio necesario. Me interesa que la enseñanza de la Iglesia sobre moral sexual, matrimonial y familiar sea renovada. No soy neutral, tomo postura. La tradición de la Iglesia siempre ha requerido una actualización que permita su comprensión en épocas y culturas cambiantes. El Papa ve necesaria una inculturación del Evangelio. Las iglesias locales dispersas en el mundo deberían traducir el Evangelio en sus propias categorías culturales. Francisco, a este propósito, hace una petición bien concreta: “Serán las distintas comunidades quienes deberán elaborar propuestas más prácticas y eficaces, que tengan en cuenta tanto las enseñanzas de la Iglesia como las necesidades y los desafíos locales.” (199).

Es necesario leer esta exhortación apostólica fijándose en qué consiste su innovación pues en la actualidad el foso que se ha creado entre la institución eclesial y el común de los bautizados es de tal magnitud, sobre todo en este ámbito de la vida humana, que si no es superado, el Evangelio no pasará a las siguientes generaciones. Esto me hace presuponer que el Papa ha querido recordar la enseñanza tradicional en términos que todos puedan comprenderla y vivirla. Hoy el discurso afectivo, sexual, matrimonial y familiar de la institución eclesial a los jóvenes les resulta ininteligible. A los adultos, en varios puntos, les parece impracticable. Urge anunciar de nuevo el Evangelio con toda su radicalidad, pero también toda su sensatez.

Ofrezco algunos criterios de interpretación de la Exhortación apostólica.

Un primer criterio: *Amoris laetitia* es una formidable apelación evangélica. Al Papa le interesan todas las personas no importa la situación en que se encuentren (AL 78). Francisco se dirige a los lectores como si el Evangelio de Jesús fuera lo único decisivo (AL 38). La doctrina, las costumbres, la institución eclesial, todo parece quedar entre paréntesis ante la imperiosa necesidad de anunciar a las personas y familias concretas una palabra orientadora y alentadora. El Evangelio de la familia ha de ser motivo de “alegría” (*laetitia*). La misericordia de Jesús con las víctimas de los fariseos que oprimían a la gente con su casuística moralizante, debiera regir la pastoral de la Iglesia. La gratuidad de la misericordia de Dios con el ser humano se manifestó, en última instancia, en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo, para sanar el vicio de ganarse a Dios con cumplimientos religiosos.

En dependencia de este criterio, otro muy novedoso es el viraje en el acento de la enseñanza de la Iglesia. Hasta ahora el énfasis de la jerarquía eclesial en el planteamiento de la moral sexual y familiar ha sido puesto en el “ideal”. Desde ahora habrá que concentrarse en la “realidad” de lo que viven los católicos. Se mantiene alto el ideal, pero la pastoral ha de atender primero a las personas y sus vidas tal cual se dan en infinidad de circunstancias. Dice el Papa: “Doy gracias a Dios porque muchas familias, que están lejos de considerarse perfectas, viven en el amor, realizan su vocación y siguen adelante, aunque caigan muchas veces a lo largo del camino. A partir de las reflexiones sinodales no queda un estereotipo de la familia ideal, sino un interpelante ‘collage’ formado por tantas realidades diferentes, colmadas de

gozos, dramas y sueños. Las realidades que nos preocupan son desafíos” (AL 57). Cabe aquí decir que este desplazamiento en el énfasis de la enseñanza eclesial radica en una especie de conversión de la jerarquía. Lo dice Francisco en estos términos: “Al mismo tiempo tenemos que ser humildes y realistas, para reconocer que a veces nuestro modo de presentar las convicciones cristianas, y la forma de tratar a las personas, han ayudado a provocar lo que hoy lamentamos, por lo cual nos corresponde una saludable reacción de autocrítica” (AL 36).

Un tercer criterio es el debido respeto a la adultez de los católicos. El documento confía que las personas pueden discernir y tomar decisiones en libertad, siguiendo sus conciencias. También a este respecto Francisco hace un *mea culpa*: “Nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas” (AL 37). Los sacerdotes no deben decidir por los católicos. A ellos corresponde acompañar a las personas, ayudarles a objetivar su situación, educarlas acerca de la enseñanza de la Iglesia, consolarlas y animarlas, pero no dirigirles la vida (AL 200). El mandato de acompañamiento atraviesa todo el documento. El fundamento de este criterio pastoral es cristológico. Dice el Papa: “el Señor nos acompaña hoy en nuestro interés por vivir y transmitir el Evangelio de la familia” (AL 60). El acompañamiento es necesario porque la vida se hace de a poco, gradualmente (AL 273, 295); porque el amor crece, se desarrolla, pero también mengua; las personas fracasan, maduran de a poco, aprenden a veces, a veces no. Mientras

no se llegue al reino de los cielos nadie puede decir que su familia es perfecta.

Un último criterio llamémoslo opción por los pobres. Claramente al Papa opta por las personas que no tienen familia, las familias en las que reina la violencia, los que son malmirados a causa de su familia; Francisco sufre con los matrimonios fracasados y con los divorciados vueltos a casar que no pueden comulgar. El Evangelio es perdón y liberación para pobres y pecadores. La realidad familiar en su conjunto debe ser vista a partir de la realidad de los frágiles, de los excluidos, de los hijos de padres separados, de los huérfanos, de las adolescentes embarazadas, de los que viven en la miseria, de las personas homosexuales, de los inmigrantes, de los que no han podido contraer matrimonio por falta de recursos fundamentales, de las personas con capacidades diferentes, de los ancianos e incluso por quienes con culpa destruyeron su propio matrimonio.

En suma, el contexto exige leer el documento en clave de la novedad que puede aportar. En esta óptica, los cuatro criterios señalados ayudan a descubrir los pasos adelante que se quieren dar: un retorno a la misericordiosa de Jesús, un giro del “ideal” a la “realidad”, un respeto a la adultez de los católicos y una opción por los pobres.

¿QUÉ PUEDEN HACER LOS DIVORCIADOS PARA COMULGAR EN MISA?

El Papa Francisco, en base al informe final del Sínodo aprobado por los obispos (2015), ha reconocido la posibilidad de que comulguen en misa los divorciados vueltos a casar, las personas que convivan establemente y las que se encuentren en situaciones semejantes. Esta posibilidad, por cierto, siempre ha existido para quienes simplemente se han separado o divorciado y no han contraído una nueva unión; y, de antiguo, para quienes manteniendo una convivencia seria, se abstienen de la intimidad sexual (San Juan Pablo II en *Familiaris consortio*).

En *Amoris laetitia* el Papa, sin cambiar la doctrina tradicional sobre la unidad y la indisolubilidad del matrimonio sacramental, introduce un cambio en la disciplina de acceso a la comunión eucarística. No añade excepciones, como la mencionada sobre la abstención de relaciones sexuales. En cambio, establece orientaciones generales que debieran aplicarse a todo tipo de casos y ofrece algunos criterios que han de ser considerados.

Las orientaciones generales son tres: voluntad de integración de todos, necesidad de un acompañamiento y discernimiento en conciencia. Este último puede parecer novedoso, pero pertenece a la más auténtica y antigua tradición de la Iglesia. El Evangelio de Jesús es una apelación al corazón de las personas que solo puede ser acogido libremente, sin coacción, sin miedo. En *Amoris laetitia* el Papa

ha subrayado la importancia del debido respeto a los laicos que deben tomar las decisiones que atañen a sus vidas con recta conciencia; es decir, en última instancia, solos delante de Dios (AL 42, 222, 264, 298, 302, 303). Lo hace incluso a modo de autocrítica: “... nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas” (AL 37). Por otra parte, estas personas deben saber que nadie puede acusarlas de estar en pecado mortal y, por el contrario, deben creer que la gracia de Dios nunca les faltará para crecer en humanidad (291, 297, 300 y 305); y que pueden contar siempre con el amor incondicional de Dios (AL 108 y 311).

Antes de esto, sin embargo, el Papa pide a los católicos que se encuentran en estas situaciones llamadas irregulares que tengan un acompañamiento pastoral. Lo hace en estos términos: “Invito a los fieles que están viviendo situaciones complejas, a que se acerquen con confianza a conversar con sus pastores o con laicos que viven entregados al Señor. No siempre encontrarán en ellos una confirmación de sus propias ideas o deseos, pero seguramente recibirán una luz que les permita comprender mejor lo que les sucede y podrán descubrir un camino de maduración personal” (AL 312).

La voluntad de Francisco es integrar a todos (AL 297). Ha de verse cómo y, por cierto, no puede hacérselo de un modo irresponsable. Esta integración, pensamos, solo tiene sentido cuando las mismas personas quieren participar lo más posible a la vida eclesial, y no recuperar simplemente la comunión como un derecho perdido.

El Papa ofrece una serie de criterios para que estas personas puedan ir reintegrándose lo más posible a la vida eclesial. Estos criterios aparecen algo desperdigados en el capítulo octavo. Aquí los desplegamos y también recogemos lo que en ellos pudiera quedar implícito. Probablemente no son los únicos, pero son los principales. En cualquiera de los casos debe considerarse:

- El grado de consolidación (AL 298) y estabilidad de la nueva relación (AL 293).
- La profundidad del afecto (AL 293).
- La voluntad y prueba de fidelidad (298).
- La intención y prueba de un compromiso cristiano (AL 298).
- La responsabilidad con los hijos del primer matrimonio (AL 293, 298 y 300).
- El sufrimiento y confusión que ha podido causar a los hijos el fracaso del primer matrimonio (AL 298).
- La responsabilidad con los hijos del nuevo vínculo afectivo (AL 293).
- La situación del cónyuge cuando ha sido abandonado (AL 300).
- Las consecuencias que tiene la nueva relación para el resto de la familia y la comunidad eclesial (AL 300).
- El ejemplo que se da a los jóvenes que se preparan al matrimonio (AL 300).
- La capacidad para superar las pruebas (AL 293).

Será especialmente importante:

- Un reconocimiento de la irregularidad de la nueva situación (AL 298).

- Una convicción seria sobre la irreversibilidad de la nueva situación (AL 298).
- Un reconocimiento de culpabilidad —si la ha habido— en el fracaso del primer matrimonio (AL 300).
- Un conocimiento de la seriedad de los compromisos de unidad y fidelidad del primer matrimonio, y de las exigencias de verdad y de caridad de la Iglesia (AL 300).

Es necesario recordar que el texto citado más arriba señala que el acompañamiento requerido también puede realizarlo una persona laica entregada al Señor. Esto facilitará la ayuda en este discernimiento a quienes han tenido una experiencia traumática con algún sacerdote durante la celebración del sacramento de la reconciliación o a quienes estiman que el presbítero disponible no es quien mejor puede acompañar.

Esta posibilidad pastoral que *Amoris laetitia* reconoce a quienes actualmente no pueden comulgar en misa debe entenderse como el reverso del deseo de la misma Iglesia de comulgar con ellos. La Iglesia acepta que comulguen porque ella quiere, y necesita, comulgar con ellos, con sus sufrimientos, con sus esfuerzos por salir adelante, con sus aprendizajes dolorosos y con su crecimiento espiritual. Este es el tono general de la exhortación del Papa Francisco. Por nuestra parte podemos agregar que si la jerarquía eclesial, los matrimonios y las familias bien constituidas, no tuvieran nada que aprender de los divorciados unidos en nuevos vínculos y de sus segundas familias; si se descartara que ellos, precisamente en circunstancias de vida turbulentas, han podido tener una experiencia espiritual que puede inspiradora para los demás cristianos, a la comunión eucarística le estaría faltando algo fundamental.

LA IGLESIA CATÓLICA EN PAUSA

La Iglesia Católica en Chile se prepara a la venida del Papa. ¿Será importante su visita? Suponemos que sí. Pero, ¿será decisiva? Es decir, ¿podrá marcar un antes y un después? Urge que así sea.

Vista la Iglesia a la distancia de los últimos sesenta años, distingo dos grandes etapas, y espero una tercera. Desde 1961 hasta 1991, su planteamiento pastoral puede ser denominado “Catolicismo Social”. Esta larga etapa, a su vez, tuvo dos períodos. El primero, antecedido por la atención que la jerarquía católica puso a la “cuestión social” desde el siglo XIX, cuyo difusor fue el Padre Hurtado, tuvo por hito el impulso de la reforma agraria. Precisamente el año 1961 el episcopado decidió motivarla con la cesión de las propiedades de las diócesis, iniciativa concretada de un modo emblemático por don Manuel Larraín y el Cardenal Silva Henríquez.

El segundo período, desde 1973 hasta 1991, la jerarquía católica, los sacerdotes y las religiosas, laicos y laicas cristianos y creyentes en la parábola del buen samaritano, se abocaron a la defensa de las víctimas de las violaciones de los derechos humanos, personas ejecutadas, desaparecidas, torturadas, y al acompañamiento y cuidado de sus familiares. El ícono de estos años fue la Vicaría de la Solidaridad. La Iglesia Católica chilena interpretó el Evangelio como nunca lo había hecho en su historia. También por estos años, a instancias del obispo Juan Francisco Fresno, ella convocó al Acuerdo nacional que tuvo por objeto luchar para recuperar

la democracia. En esta etapa, en sus dos períodos, la postura eclesial oficial fue bien acogida por unos, pero resistida por otros. Ya por estos años, sin embargo, se hizo sentir la resistencia de sectores conservadores a las reformas del Concilio Vaticano II. Progresivamente se le quitó el piso a las comunidades eclesiales de base en las que se dio mayor participación a los pobres en la Iglesia y, al mismo tiempo, se fortalecieron movimientos laicales de clase alta que pusieron mucho énfasis en temas de familia y de sexualidad.

Recuperada la democracia, desde 1991 hasta 2017, se abrió una nueva etapa pastoral que puede denominarse “Catolicismo sexual”. La inauguró la carta pastoral de Monseñor Oviedo titulada: “Moral, juventud y sociedad permisiva” (1991). En esta etapa los obispos han denunciado el deterioro de la moralidad en el campo de la sexualidad: se oponen a las experiencias sexuales fuera del matrimonio, a los anticonceptivos, a los preservativos para evitar el sida, a la “píldora del día después”, a la fertilidad asistida, a los textos de enseñanza de educación sexual en los colegios, a la ley de divorcio, a la ley de aborto, a la ley de unión de parejas del mismo sexo y, ahora último, a la ley de matrimonio homosexual. El resultado de esta etapa es tristísimo. Tras haber declarado una crisis moral sexual en la sociedad, han salido a la luz pública graves casos de abusos sexuales del clero contra menores de edad y personas frágiles, constatándose a la vez desidia y gestiones de encubrimiento de parte de los superiores jerárquicos y haciendo oídos sordos a las demandas de justicia de las víctimas. Después de veinticinco años, la pérdida de credibilidad en nosotros los sacerdotes ha puesto en grave peligro la transmisión de la fe.

La visita del Papa Francisco, en enero próximo, pudiera marcar el comienzo de una tercera etapa. Esta podría

llamarse “Catolicismo socio-ambiental”. Más que una posibilidad, es un deseo personal mío, pero que tiene una sólida base en *Laudato si'* (2015), la encíclica social más importante desde *Rerum novarum* (1891). El planeta enfrenta una situación dramática y, en el caso de los más pobres, inminentemente trágica. ¿Qué puede aportar la Iglesia? La encíclica es un cargamento de ideas. A mí parecer, la Iglesia chilena, jerarquía y laicado, debiera capacitarse y, antes de esto, convertirse al Dios de la creación. El país necesita una mística de amor a la tierra. Bien pudiera la Iglesia cultivarla, para luego iniciar a otros en ella. La tradición judeo-cristiana tiene un acervo milenario de experiencias, de intentos y de fracasos, de vías purgativas e iluminativas, de palabras e imágenes, de sentimiento y de arte, todo lo cual pudiera aprovecharse. Necesitamos una mística, es decir, una visión y convicción espiritual, una sensibilidad estética y un compromiso ético con la humanidad y todos los seres que nos hagan gozar con la creación y, en la medida de nuestras pocas fuerzas, cuidarla amorosamente.

Los cristianos no están preparados para esta batalla. En realidad, son parte del problema. Por esto, tendrán que conectarse espiritualmente con el medio ambiente humano y ecológico, reenfocar por completo la educación, generar nuevos estilos de vida y una nueva cultura. Deseo que en esta tercera etapa, la del “Catolicismo socio-ambiental”, los católicos, en humilde colaboración con los otros cristianos, con los fieles de otras religiones, con los seguidores de cualquier idea noble y humanista, anuncien al Jesús olvidado que hablaba de Dios con su experiencia de artesano y en metáforas.

II

ARTÍCULOS

CAMBIOS QUE EL PAPA REPRESENTA

El Papa Francisco es señal de grandes cambios. Algunos de estos, Francisco los ha comenzado, otros los desea, otros los deseamos nosotros. No sabemos si él también. Lo que nadie puede dudar es que el Papa agita las aguas adrede. Que los cambios que impulsa provoquen reacciones, no debiera extrañarnos. No son pequeños.

LOS CAMBIOS COMENZADOS

Francisco ha empezado cambios. El Papa pareciera querer dar un tranco adelante. La reforma de la Iglesia, según parece, le es aún más importante que la reforma de la Curia. Se dice que el cónclave de cardenales que lo eligió le pidió la reforma de esta. Todo indica que no imaginaron que comenzaría por lo más importante: procurar que la Iglesia vuelva al Evangelio.

“Una Iglesia pobre y para los pobres”

La frase “cuánto quisiera una Iglesia pobre y para los pobres” fue el pitazo inicial del partido que Francisco ha querido jugar. Mi opinión es que este constituye el motivo central de su pontificado. En la medida que Francisco ha querido gobernar la Iglesia con este motivo, ha debido enfrentar reacciones en contra de variada índole.

Francisco sorprendió a todos con sus primeros viajes fuera de Roma: Lampedusa, Albania... Fueron, sin duda, intencionales. A los latinoamericanos no nos sorprendió del todo que el Papa realizara estos gestos, pues son acordes de la “opción por los pobres” de la Iglesia de nuestro continente. El magisterio latinoamericano ha sido consistente en la proclamación de esta opción. Pero las palabras y gestos realizados por Francisco en esta línea han podido incomodar a otros sectores de la Iglesia. En el mundo el neoliberalismo reina y la riqueza se acumula. La otra frase de Francisco: “esta economía mata”, ha podido servir para hacerse una idea clara de su manera de pensar. No todos los católicos están de acuerdo con él.

¿Qué hay en este giro hacia los pobres? Francisco ha repuesto a la Iglesia en la vía del Evangelio. El primer papa latinoamericano, si algo tiene que aportar, es una comprensión del Evangelio desde la periferia. Hace prácticamente 50 años la Iglesia latinoamericana, concretamente en Medellín (1968), se autocomprendió a sí misma como la Iglesia de un continente pobre y empobrecido. Hoy, con Francisco, la Iglesia de América Latina devuelve a Europa y comparte con el resto del mundo, el Evangelio que ella recibió de sus mayores.

Francisco pone a la Iglesia en camino a “las periferias existenciales”. A cada rato hace señales en la dirección de una opción por pobres y marginados. La otra expresión que dio vuelta al planeta fue: “quién soy yo para juzgar a un gay”. El puro uso de la palabra “gay” sonó a una aceptación de una realidad que la posición eclesiástica oficial no ha querido reconocer. El “no juzgarlos”, por otra parte, nos recordó al Jesús que pasó por Galilea escandalizando a los fariseos que se creían mejores y excluían a los demás.

En *Amoris laetitia* son muchas las indicaciones de lo mismo. No hay una familia ideal. Para Francisco, “hay un collage” de familias. El papa como papa tiene que tener una palabra de aliento para las familias y personas reales más que para las “ideales”. Estas, en realidad, no existen. Cuando la Iglesia juega en favor de esta hipótesis termina por excluir precisamente a aquellos que Jesús habría incluido e integrado. En *Amoris laetitia* hay un lugar para cada uno con su realidad familiar, con lo que quedó de su familia, con su lucha por levantar un nuevo matrimonio y darle un hogar a niños regulares o irregulares.

Francisco ha puesto un grito en el cielo en favor de los migrantes. La Tierra es para todos. Nos recuerda la clave de bóveda de la enseñanza social de la Iglesia: el destino universal de los bienes. Un migrante es un ser humano al que se le niega un derecho fundamental. Se le niega y se le culpa de luchar por la vida propia y de sus hijos.

Este Papa, en fin, ha asumido el grito de los pobres y el grito de la Tierra, fenómenos dramáticos que tiene una sola causa: el capitalismo que se sirve de la tecno-ciencia. El planeta está al borde del abismo. La codicia y un sistema económico centrado en la búsqueda de la mayor ganancia posible, amenaza gravemente el futuro de la humanidad.

Libertad de expresión

Otro cambio notable, pero tal vez no suficientemente advertido y destacado, es la libertad para hablar y expresarse. Un Papa que habla en vez de leer, que da entrevistas, que a veces dice leseras como afirmar que la gente de Osorno “es tonta” porque rechaza al obispo que él mismo le ha impuesto, un Papa que, en suma, es capaz, por lo mismo, de decir “no soy

infalible”, ha generado la posibilidad de que otros hagan lo mismo.

Hasta hace poco en la Iglesia la palabra estaba reservada para las autoridades y estas, las más, no hacían más que citar a los papas o salir del paso con respuestas alambicadas. Muchas veces hemos tenido la impresión de oír a obispos o sacerdotes que parecieran que, en realidad, no tienen nada que decir. Hemos vivido en silencio por muchos años. Miedo y silencio. Hemos tenido la impresión que nuestros propios obispos han vivido atemorizados y silenciados.

A decir verdad, esta situación persiste en buena medida. Es inevitable sospechar. ¿No será que las autoridades se están cuidando? Francisco es un hombre mayor... ¿Cuánto le queda? El efecto péndulo es conocido. Más en este caso. El próximo Papa probablemente será más comedido que este.

Pero también cabe la posibilidad de que se instale en la Iglesia la costumbre de hablar abiertamente y de discrepar. El mismo Sínodo sobre la familia, seguido con interés por la opinión pública, fue ocasión de ver a los prelados discutir abiertamente sobre temas hasta hace poco intocables. ¿Ha hecho mal esta apertura? Todo lo contrario. La libertad para hablar ha devuelto protagonismo a católicos ya cansados de no ser considerados en nada.

La Iglesia ingresa, con Francisco, al registro 2.0. Este no consiste en un progreso, sino en la posibilidad que ofrece el mundo digital de interactuar horizontalmente, de expresarse de igual a igual, de discutir. En esta Iglesia ha de primar el diálogo y la argumentación. No la imposición de la verdad.

Si el Papa admite que puede equivocarse, este es un derecho de todo el Pueblo de Dios.

LOS CAMBIOS QUE ESPERO VER

No se puede decir que Francisco haya comenzado un cambio importante en cuanto a la **participación de la mujer** en la toma de decisiones y los cargos en la Iglesia.

Debe reconocérsele una mirada benévola, misericordiosa, con la mujer en *Amoris laetitia*. Las aperturas en la concepción de la sexualidad, el matrimonio y la familia, junto a la posibilidad de comulgar en misa para los divorciados vueltos a casar, deben imputarse como favorables a las mujeres católicas.

¿Cómo no será un enorme progreso haber entregado la decisión del control de natalidad a la conciencia de las parejas? Se dirá que esto atañe también a los esposos. No de igual manera. Tomar o no tomar la píldora ha sido un cuidado de la mujer. Ella ha sido quien ha debido cargar con un eventual embarazo y la angustia de dar a luz un niño no querido. Los hombres muchas veces se han desentendido de la paternidad responsable. Simplemente han descansado en que esta preocupación le corresponde a su pareja. La encíclica *Humanae vitae* (1968), por casi cincuenta años, ha sido un tormento moral para las mujeres. La pretensión de imponer su observancia sin contemplaciones ha significado una angustia moral y el motivo de la ida de la Iglesia de muchísimas mujeres.

Ahora último el Papa ha abierto un estudio sobre la posibilidad de ordenar diaconisas. Es otro paso, aunque tímido, en favor de la integración de la mujer. La exclusión de la mujer de los servicios y cargos es hoy culturalmente impresentable. En este campo esperamos mucho de Francisco.

Otro cambio importante, que esperamos se realice algún día, aunque estamos muy lejos de ello, es la constitución

de una **Iglesia policéntrica** como la han pensado Karl Rahner y Juan Bautista Metz. Hoy la concentración del poder en Roma y la curia es impresionante. Las demás Iglesias tienen poquísima autonomía para desarrollarse. Aún conferencias como la latinoamericana son humilladas por Roma. Recuérdese aquí las intervenciones vaticanas en las dos últimas conferencias episcopales. En Santo Domingo la intervención de la curia fue grotesca. La conferencia estuvo a punto de fracasar. Luego en Aparecida una serie de textos aprobados por la asamblea volvieron del Vaticano gravemente cambiados. Estos son botones de muestra de una falta de respeto que no sería posible si el problema no fuera estructural.

Lo que está pendiente es el desarrollo de iglesias regionales autónomas. Unidas unas a otras, sin duda, en virtud del obispo de Roma. Pero con la capacidad de abordar con creatividad las tareas de una evangelización que siempre debe ser inculturada. Los nuncios, en esto, no ayudan. Ellos, especialmente con los nombramientos de obispos afines, aseguran el predominio cultural del centro sobre las periferias.

Dudamos que este cambio sea posible con Francisco. Apenas podrá hacer algunos cambios en la Curia, plano en el que tiene mucho viento en contra. Solo podemos esperar que la libertad que el Papa está desencadenando en la Iglesia ayude a que las iglesias locales pierdan miedo y se atrevan a exigir mayor participación.

UN CAMBIO PROPUESTO

Francisco en *Evangelii Gaudium* promueve un **Iglesia en salida**. El diagnóstico callado es que la Iglesia está enferma de

encierro, de volcarse sobre sí misma. Habría que agregar que la institución eclesial suele parapetarse contra un mundo que le parece equivocado y amenazante. En muchos aspectos esto es verdad, pero lo propio de la Iglesia no es defenderse, menos aún condenar al mundo sino colaborar con Cristo en su salvación.

Se trata de “salir”, de ir a los otros, de llegar todos. Es más, si se analizan bien los textos del documento, descubrimos que ir a los demás equivale a acogerlos con todas sus diferencias. Esta es la Iglesia católica. Es católica, es decir, universal: de ella nadie debiera ser excluido.

No podemos pasar por alto que una “Iglesia en salida”, tal como Francisco la quiere, es una Iglesia alegre. Fijémonos en los títulos de los tres documentos principales: *Evangelii gaudium*, *Laudato si'*, *Amoris laetitia*. Son títulos que evocan la alegría que predominó en la Iglesia de los orígenes. La Iglesia es alegre cuando se entrega por completo a anunciar que Jesucristo es una buena noticia. Ella sale contenta a anunciarlo, esta es su misión, aunque no sabe si este éxodo tendrá éxito o terminará en un fracaso. La Iglesia no debiera controlar resultados. Los frutos auténticos son obras del Espíritu.

Francisco entiende que la Iglesia es una realidad histórica cuyo éxito no se puede calcular ni controlar. Su actitud pastoral principal es la de acompañar al Pueblo de Dios, involucrándose con él, respetando el camino que las personas van haciendo. Los sacerdotes y otros guías han de ser cercanos y respetuosos de las decisiones que las personas toman. La Iglesia institucional ha de ayudar a discernir el llamado que el Señor hace a los católicos individual o colectivamente considerados. Al promover la actitud de discernimiento, el Papa da vuelta todo. La verdad fundamental no es la de la

doctrina, sino la que las personas van descubriendo en sus vidas, no sin los demás, como una verdad personal y vivificadora. El cristianismo no consiste en ajustarse a una enseñanza sino en seguir a una persona, a Jesucristo, iluminados por su Espíritu.

UN CAMBIO DIFÍCIL DE ESPERAR

Confieso, por último, que tengo pocas esperanzas que Francisco cambie **la concepción y el lugar del sacerdote en la Iglesia**. Hoy predomina por doquier una versión eclesial de la Iglesia. Congar, años atrás, hablaba de “jerarcología”. Una Iglesia vertical como la que tenemos, en la cual el poder, además, se encuentra “sacralizado”, es culturalmente insostenible. Siempre habrá laicos sumisos a poderes sacros o deseosos de conseguir el favor de Dios por la vía de la magia. Pero en los sectores sanos del cristianismo un sacerdocio de seres revestidos de una divinidad que les exige evacuar su humanidad, no debiera tener autoridad alguna. El Papa ha sido duro con el clericalismo que se sirve de la separación de lo sagrado y lo profano para dominar a los fieles y, de paso, escalar posiciones. Dudo que Francisco, en esta materia, logre cambios importantes. Difícil que tenga las energías suficientes.

UN PAPA LATINOAMERICANO

La elección de Jorge Bergoglio como Papa constituye uno de los acontecimientos más extraordinarios en la historia de la Iglesia. Ya había sido único el caso de la renuncia de Benedicto XVI. Primera vez que un Papa dejaba el cargo libremente¹. Francisco Papa, independientemente de su peculiar personalidad, representa un giro de la Iglesia universal en favor de las iglesias periféricas. Un Papa latinoamericano equivale en cierto sentido a uno africano o asiático.

De aquí que sea relevante ahondar en la índole latinoamericana del Papa Francisco. Lo haremos teniendo presente los signos de los tiempos, la recepción del Concilio Vaticano II en América Latina y el estilo personal de Jorge Bergoglio como pontífice.

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

El mayor signo de los tiempos hoy —sobre esto hay pocas dudas— lo constituye la globalización. En palabras de Aparecida:

¹ Cf., Jorge Costadoat, *Francisco Papa. Señal de grandes cambios*, Santiago 2014, 15-16.

La novedad de estos cambios, a diferencia de los ocurridos en otras épocas, es que tienen un alcance global que, con diferencias y matices, afectan al mundo entero. Habitualmente se los caracteriza como el fenómeno de la globalización. Un factor determinante de estos cambios es la ciencia y la tecnología, con su capacidad de manipular genéticamente la vida misma de los seres vivos, y con su capacidad de crear una red de comunicaciones de alcance mundial, tanto pública como privada, para interactuar en tiempo real, es decir, con simultaneidad, no obstante las distancias geográficas. Como suele decirse, la historia se ha acelerado y los cambios mismos se vuelven vertiginosos, puesto que se comunican con gran velocidad a todos los rincones del planeta (Aparecida 34).

El fenómeno, en realidad, es antiguo. El descubrimiento y conquista de América, y luego la vuelta al mundo de Sebastián El Cano, completó, en cierto sentido, el conocimiento que hasta entonces se tenía del globo terráqueo. Desde entonces pudo pensarse en términos mundiales. El mundo tomó conciencia de sí mismo como de una unidad cerrada. Los intercambios entre las distintas zonas aumentaron, hasta ir tejiendo una red de relaciones comerciales, culturales y políticas cada vez más tupida. Hoy la internet es una telaraña que multiplica espectacularmente las relaciones, transformándolas, aligerando los compromisos, y ofreciendo información de todo tipo en cantidades siderales. Esto y aquello en tiempo real. Por otra parte, la catástrofe socio-ambiental en curso es signo aún más claro, por ser aún más universal, de la toma de conciencia del peligro que acosa a la Tierra (LS 19). En la actualidad el centro cultural

predominante, la sociedad de mercado gestionada por un capitalismo casi imposible de controlar, incluye y excluye, integra y desintegra, pero en relativamente poco tiempo puede destruir la vida por parejo. Por lo mismo, el Acuerdo de París (2015) puede convertirse en uno de los acontecimientos más importantes no solo en la historia de la humanidad, sino también del planeta. Comprometerse a que la temperatura media del planeta a fin del siglo XXI no se eleve por encima de los 2 grados centígrados, y que idealmente llegue a solo 1,5 grados, constituye en sí mismo un triunfo de la política global que augura nuevos acuerdos solidarios internacionales.

La Iglesia, por su parte, tiene sus propios signos de los tiempos. El más importante de todos, si damos razón a Karl Rahner, es la constitución de una Iglesia mundial². A propósito de la interpretación fundamental del Vaticano II, uno de sus principales teólogos sostuvo años después que en esta ocasión por primera vez la Iglesia actuó, a través del magisterio, con una representación de obispos venidos de todas partes de la tierra. Hasta entonces no había habido más que una versión del cristianismo, la occidental, presente y dominante en los diversos continentes. Desde entonces se hicieron sentir con más fuerza las iglesias locales con sus características propias y una incipiente autonomía. Primera vez en la historia que ha quedado abierta la posibilidad de una inculturación plural del Evangelio. Lo que hasta aho-

² https://www.academia.edu/5139421/Karl_Rahner_Interpretaci%C3%B3n_teol%C3%B3gica_fundamental_del_concilio_Vaticano_II_Theologische_Grundinterpretation_des_II._Vatikanischen_Konzils_en_id._Schriften_zur_Theologie_Band_14._In_Sorge_um_die_Kirche_Einsiedeln_1980_287-302. P. 4.

ra prevalece con mucha fuerza es la versión judeo-cristiana, greco-latina y germánica occidental.

En palabras del mismo Rahner:

Bajo el respecto teológico, existen en la historia de la Iglesia tres grandes épocas, la tercera de las cuales apenas ha comenzado y se ha manifestado a nivel oficial en el Vaticano II. El primer período, breve, fue el del judeocristianismo; el segundo, de la Iglesia existente en áreas culturales determinadas, a saber, en el área del helenismo y de la cultura y civilización europea. El tercer período es en el cual el espacio vital de la Iglesia, en principio, es todo el mundo.

Rahner quiere mostrar la originalidad de las etapas, pero es consciente de que la historia de la Iglesia puede subdividirse mucho más. Continúa:

Estos tres períodos, que indican tres situaciones fundamentales, esenciales y distintas entre ellas, del cristianismo, de su predicación y de su Iglesia, pueden naturalmente ser subdivididas a su vez de manera muy profunda; así, por ejemplo, el segundo período contiene las cesuras representadas por la transición de la antigüedad al medioevo y la transición de la cultura medieval a la época del colonialismo europeo y del iluminismo³.

³ *Ibíd.*, p. 5.

Lo más interesante es que la tercera gran época de esta división de Rahner ayuda a entender qué está ocurriendo en la Iglesia latinoamericana y por qué la elección de Francisco es tan novedosa. A nuestro parecer, en el postconcilio los latinoamericanos levantaron la cabeza y quisieron pensar por sí mismos, en pocas palabras, ensayaron su mayoría de edad. Lo dice Gustavo Gutiérrez en estos términos: “La teología de la liberación es una de las expresiones de la adultez que comienza a alcanzar la sociedad latinoamericana y la Iglesia presente en ella en las últimas décadas. Medellín tomó acta de esta edad mayor y ello contribuyó poderosamente a su significación y alcance históricos”⁴.

En cuanto a nuestra Iglesia continental, el Concilio ha facilitado que ella tome conciencia de la posibilidad de ser adulta. Ya Pío XII había auspiciado el despliegue de iglesias continentales y locales⁵. En América Latina pudo constituirse el Celam, única conferencia episcopal que en el Concilio actuó organizadamente. Medellín (1968), Puebla (1979) y Aparecida (2007) fueron conferencias que encaminaron por la senda de la autonomía católica, a saber, una que se nutre de su relación con la Iglesia de Roma. Santo Domingo, en cambio, representa un retroceso. Esta conferencia, de hecho, no ha sido bien recibida. Esta conferencia fue intervenida por la curia romana. Y, sin embargo, Santo Domingo (1992) ratificó la opción preferencial por los pobres que, podríamos decir, es el nombre de la recepción latinoamericana del Concilio.

⁴ G. Gutiérrez, “Mirar lejos”, *Teología de la liberación. Perspectivas*, Salamanca 1990, 31.

⁵ Cf., S. Scatena, *La teologia della liberazione in America Latina*, Roma 2008, 10.

En las otras regiones del mundo ocurre hoy algo semejante. En Oriente, por ejemplo, ha sido muy difícil desarrollar una Iglesia “oriental”⁶. Sin embargo, allí donde los cristianos se encuentran con tradiciones religiosas milenarias e inmensamente mayoritarias, el Concilio ha abierto a ellas su valoración. Según Rahner, esta apertura religiosa ha supuesto un progreso doctrinal:

Pero se puede también decir que, bajo el aspecto doctrinal, el Concilio ha hecho cosas que son de importancia fundamental para una misión de escala mundial: en la Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas ha abierto por primera vez en la historia del Magisterio eclesiástico la vía a una valoración también positiva de las grandes religiones mundiales⁷.

Rahner hace ver que en documentos claves del Vaticano II la doctrina hizo progresos notables:

Una voluntad salvífica universal y eficaz de Dios que encuentra un único límite en la decisión mala de la conciencia del hombre y en nada más, admitiendo así la posibilidad de una fe salvífica verdadera y propia también fuera de la revelación verbal cristiana, de modo que se han puesto las premisas fundamentales

⁶ Cf., Aloysius Pieris, “Los límites de aplicación de los modelos de inculturación occidentales al Asia no semítica”, en A. Pieris, *El rostro asiático de Cristo*, Salamanca 1988, 163-173.

⁷ *Ibíd.*, p. 4.

para la misión mundial de la Iglesia, las cuales no existían en la teología precedente⁸.

El Concilio, sin hablar de inculturación —concepto usado con posterioridad— supone que Cristo, a través de su Espíritu, está actuando en todos los pueblos. La Constitución de la Iglesia en el mundo de hoy afirma:

“...esto vale no sólo para los que creen en Cristo, sino aun para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de un modo invisible. Puesto que Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es efectivamente una tan sólo, es decir, la vocación divina, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma por Dios conocida, lleguen a asociarse a este misterio pascual” (*Gaudium et spes*, 22).

En suma, el Concilio puso las bases de la que tendría que ser una Iglesia mundial, policéntrica, dirá Juan Bautista Metz⁹. Una Iglesia no solo más autónoma, desde el punto de vista del gobierno, sino culturalmente diversificada. Que Jorge Bergoglio haya llegado a ser papa, representa la valoración que la Iglesia hace de la posibilidad de una Iglesia mundial.

⁸ *Ibíd.*, p. 4.

⁹ Cf., J.B. Metz, *Por una cultura de la memoria*, Barcelona 1999, 49-50.

LA IGLESIA LATINOAMERICANA POST-CONCILIAR

El impacto del Vaticano II en América Latina en los últimos cincuenta años ha sido enorme. Este es el contexto que mejor explica quién es Jorge Bergoglio y, también, en cierto sentido, por qué ha podido llegar a ser Papa.

Pocas iglesias parecieron estar mejor preparadas que la de América Latina para asimilar tan positivamente el Concilio. Este, de hecho, respondía a los desafíos de la Reforma y de la modernidad. Se ha dicho muchas veces que es un concilio europeo. Sin embargo, el Vaticano II fue absorbido con protagonismo y creatividad por las varias iglesias locales latinoamericanas. El mismo contexto de alta tensión en el continente había exigido una atención y urgencia para responder a las expectativas de liberación y de paz con el Evangelio. La conferencia de Medellín (1968) fue la ocasión más significativa en que la Iglesia de América Latina respondió pastoralmente a las circunstancias de acuerdo a las grandes pautas que el Concilio le dio. En el camino a la adultez de esta Iglesia, el Vaticano II marcará un antes y un después.

La elección de Bergoglio como Papa representa en buena medida a una iglesia “hija” que llega a la mayoría de edad. Este era tema en la década de los sesenta. A la dependencia económica de las grandes potencias había que sumar otras dependencias, en todos los ámbitos, del continente y de la Iglesia latinoamericana. El estilo de gobierno de Francisco, algo refleja la irrupción de una iglesia joven entre las mayores. Esta iglesia local se instala entre las más antiguas como el adolescente que hace sentir la casa es “su” casa y no tiene, en consecuencia, que cuidar mucho sus modos de expresarse.

Lo que despunta en la América Latina post-conciliar, y en el mismo Bergoglio, como realmente importante, todavía está por prosperar con fuerza. Está pendiente una mayor inculturación del Evangelio. Falta, en primer lugar, una valoración de la cultura de las iglesias. Los latinoamericanos, ante Europa y EE.UU., no se han valorado suficientemente a sí mismos. La Iglesia del continente es aún, en buena medida, una Iglesia europea.

Esto no obstante, la Iglesia de América Latina ha ido tomando conciencia y ha valorado su diferencia cultural respecto de Europa, y su propia pluralidad cultural. Lo dice Francisco en términos rotundos:

No haría justicia a la lógica de la encarnación pensar en un cristianismo monocultural y monocorde. Si bien es verdad que algunas culturas han estado estrechamente ligadas a la predicación del Evangelio y al desarrollo de un pensamiento cristiano, el mensaje revelado no se identifica con ninguna de ellas y tiene un contenido transcultural. Por ello, en la evangelización de nuevas culturas o de culturas que no han acogido la predicación cristiana, no es indispensable imponer una determinada forma cultural, por más bella y antigua que sea, junto con la propuesta del Evangelio. El mensaje que anunciamos siempre tiene algún ropaje cultural, pero a veces en la Iglesia caemos en la vanidosa sacralización de la propia cultura, con lo cual podemos mostrar más fanatismo que auténtico fervor evangelizador (*Evangelii Gaudium*, 117).

El Papa argentino reclama contra la versión occidental del cristianismo, pues las iglesias regionales y locales no europeas han sufrido el irrespeto a su posibilidad de desarrollarse

con protagonismo. ¿Será posible alguna vez una inculturación latinoamericana en los campos del dogma, de la moral, de la liturgia y de derecho canónico? Rahner ha osado ir tan lejos. Probablemente Bergoglio también. Los dos son jesuitas. Los dos han sabido de la frustración de las misiones de China, India y tantas veces en la misma América Latina, por haber intentado y haber sido sancionados por inculturar el Evangelio.

Sabemos, sin embargo, que el cristianismo, no obstante la marca occidental con que se impuso en el continente siempre pudo ser recibido en las categorías culturales locales. Hay numerosos ejemplos, aun cuando el sincretismo tan propio de encuentro cultural entre pueblos distintos no puede no expresarse con ambigüedad. La Virgen de Guadalupe y la historia de Juan Diego son el caso por excelencia de apropiación cultural del cristianismo. La música sacra de las reducciones jesuitas de Paraguay, los bailes religiosos de la triple frontera de Bolivia, Chile y Perú, y otras expresiones semejantes son prueba de que la fe en Cristo ha tenido una recepción latinoamericana importante.

Pues bien, nuestra opinión es que en este suelo latinoamericano la mayor inculturación del Evangelio ha sido la formulación la opción por los pobres. Esta opción, por otra parte, ha sido reconocida como esencial para el Evangelio en otras partes del mundo y se ha difundido gracias a los mismos papas. Francisco la entiende del modo siguiente:

Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su primera misericordia”¹⁰.

¹⁰ 163 Juan Pablo II, *Homilía durante la Misa para la evangelización de los pueblos en Santo Domingo* (11 octubre 1984) 5; AAS 77 (1985), 358.

Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una *opción por los pobres* entendida como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia”¹¹. Esta opción —enseñaba Benedicto XVI— “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”¹². Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos (*Evangelii gaudium*, 198).

Ha sido sin duda la Teología latinoamericana de la liberación que ha elevado a concepto esta opción de la Iglesia en América Latina. La inculturación en este continente pobre ha encontrado en esta teología una reflexión original,

¹¹ Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, 42; AAS 80 (1988) 572.

¹² Juan Pablo II, *Discurso en la Sesión inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe* (13 mayo 2007) 3; AAS 99 (2007) 450.

propia de una Iglesia que piensa por sí misma. La opción por los pobres u opción preferencial por ellos se ha convertido en el nombre de la recepción latinoamericana del Concilio. Por cincuenta años, una Iglesia que ha querido arraigar entre los pobres para anunciar a ellos el Evangelio y oír el Evangelio de los mismos pobres, es el ambiente natural que mejor explica a Jorge Bergoglio. La expresión suya: “cuanto querría una Iglesia pobre y para los pobres”, hizo fortuna en el continente, especialmente en los sectores populares de la Iglesia, porque sonó aquí como una fórmula representativa de su manera de entender el cristianismo.

No es fácil ubicar a Jorge Bergoglio en el movimiento de la Teología de la liberación. No siendo él teólogo, tampoco se puede decir que haya sido un simpatizante de ella. He aquí un punto de discusión interesante. Bergoglio sí ha podido identificarse con la Teología argentina del pueblo¹³. El ahora Papa, siendo obispo de Buenos Aires, hizo sepultar en la catedral de la ciudad a Lucio Gera, el principal representante de esta teología. Esta teología local no ha tenido tal vez influjo en el resto de América Latina por su acento peronista. Bergoglio es peronista en algún sentido del término que solo un argentino podría descifrar. Pero sí ha podido influir como teología del “pueblo”, del “pueblo fiel” de la religiosidad popular. De aquí que Juan Carlos Scannone haya ubicado a esta teología entre una de las corrientes de la Teología de la liberación¹⁴. Una diferencia importante con las otras

¹³ Cf., Virginia Azcuy, *La teología argentina del pueblo*, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2015.

¹⁴ Cf., Juan Carlos Scannone, “La Teología de la liberación: caracterización, corrientes, etapas”, en *Teología de la liberación y Doctrina social de la Iglesia*, Madrid 1987, 21-80.

teologías latinoamericanas, es que la argentina no ha querido saber nada del marxismo. Por lo mismo, los teólogos de la liberación filo-marxistas no han querido reconocer en sus filas a la Teología del pueblo. No obstante lo anterior, Francisco parece ir más lejos que la teología argentina del pueblo con sus ataques inequívocos contra el mercado sin control. Lo dice claramente:

La necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar, no sólo por una exigencia pragmática de obtener resultados y de ordenar la sociedad, sino para sanarla de una enfermedad que la vuelve frágil e indigna y que sólo podrá llevarla a nuevas crisis. Los planes asistenciales, que atienden ciertas urgencias, sólo deberían pensarse como respuestas pasajeras. Mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales (*Evangelii gaudium*, 202).

Este tipo de afirmaciones ha hecho que la llegada al papado de Bergoglio haya sido recibida con fuertes aplausos por el ala izquierda de la Iglesia del continente. La elección de Bergoglio representa un giro extraordinario del centro a la periferia. El mismo Papa remira la encarnación en esta clave:

El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo “se hizo pobre” (2 Co 8,9). Todo el camino de nuestra redención está

signado por los pobres. Esta salvación vino a nosotros a través del “sí” de una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio (*Evangelii gaudium*, 197).

Las periferias para Francisco pueden ser de distinta índole. Puede tratarse de territorios periféricos o de ambientes socio-culturales (EG 20, 30). Le hemos oído hablar de “periferias existenciales”. La que más le preocupa, insiste en ello, es la de los que son excluidos:

Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes” (*Evangelii gaudium*, 53)¹.

En *Evangelii Gaudium* Francisco cita varias veces a conferencias episcopales regionales: EE.UU. (EG 64), Francia (EG 66), Brasil (EG 191), Filipinas (EG 215), Congo (EG 230), India (EG 250). Queda atrás la costumbre de los papas de citarse (prácticamente) solo a sí mismos. Al citar a otros episcopados, el Papa cumple con dos características que aquí hemos querido subrayar. La sensibilidad periférica de alguien que sabe que el “sur” existe. Y, segundo, la necesidad de descentralizar el gobierno de la Iglesia. En cuestión de

¹ En este texto Francisco parafrasea Aparecida 65, número cuya autoría se atribuye al mismo Papa.

magisterio Roma no puede seguir monopolizándolo todo. Se necesita una descentralización:

Tampoco creo que deba esperarse del magisterio papal una palabra definitiva o completa sobre todas las cuestiones que afectan a la Iglesia y al mundo. No es conveniente que el Papa reemplace a los episcopados locales en el discernimiento de todas las problemáticas que se plantean en sus territorios. En este sentido, percibo la necesidad de avanzar en una saludable “descentralización” (*Evangelii gaudium*, 16).

La gran pregunta que espera respuesta es acaso el papa Bergoglio, que ha sido elegido principalmente para reformar la Curia, será capaz de emprender una reforma de las relaciones de la Iglesia de Roma con las iglesias del resto del mundo. Solo en este caso, creemos, se liberará la posibilidad de la Iglesia mundial prevista por Rahner y será posible que la Iglesia Católica realmente se constituya desde la periferia. “Una Iglesia pobre y para los pobres” solo será tal cuando las iglesias periféricas sean protagonistas culturales y teológicas.

UN ESTILO DE CRISTIANISMO LATINOAMERICANO

Francisco Papa representa un giro único en la historia de la Iglesia: un desplazamiento del gobierno hacia la periferia. Con él, el papado ha saltado, por así decirlo, de Europa al otro lado del Atlántico. ¿Augura este giro la constitución de

una Iglesia policéntrica (Metz)? Tal vez, pero sí presagia una Iglesia que puede inculturarse en otras latitudes. Desde el triunfo de Pablo sobre Pedro en Jerusalén, desde el triunfo del latín sobre el griego como idioma del cristianismo de los primeros siglos, no se daba un paso tan significativo. El nuevo Papa, que habla castellano, se defiende en italiano y parece no tener el mínimo interés por mantener el latín como idioma oficial de la Iglesia, constituye una prueba de la madurez de la Iglesia para convertirse en “mundial”.

¿Qué lo distingue como cristiano latinoamericano? Se ha de ser cuidadoso en el análisis. Lo que aquí más interesa son los rasgos de alguien que encarna personalmente una inculturación del Evangelio. Bergoglio es argentino hijo de inmigrantes. Él ha sabido en carne propia lo que significó para sus padres sintetizar la cultura europea con la latinoamericana en un país que, por otra parte, es fruto antiguo de esta misma síntesis. Pero no es esta experiencia de inmigrantes por sí misma lo que llama nuestra atención. En América Latina son muchos los inmigrantes, pero no todos han inculturado el Evangelio. Tampoco nos interesa particularmente que sea porteño y no argentino del interior. Hay en él rasgos de carácter que podrían resultar odiosos para argentinos de Córdoba. El perfil psicológico y cultural del Papa ciertamente juega un rol importante en su modo de gobernar la Iglesia, pero estas características humanas gozan para nosotros de importancia en la medida que son asumidas por un cristiano periférico latinoamericano.

Algo muy parecido hay que decir de su ser jesuita. Es evidente que lo es, pero sus características en cuanto tal las encontraremos también en los jesuitas europeos y asiáticos. Aquí, en cambio, nos resulta interesante que él sea jesuita en la medida que es un cristiano latinoamericano del post-

concilio. En este sentido, no podemos pasar de largo que Bergoglio pertenece a la generación de jesuitas que, a lo largo de la historia de la Compañía de Jesús, se encuentran en la tercera gran etapa². La primera, de Ignacio y sus compañeros duró hasta la supresión. La segunda se extendió desde la restauración hasta el Concilio Vaticano II y se caracterizó más bien por adaptarse a las orientaciones de la *Propaganda Fidei*. En esta tercera etapa, la del Concilio en adelante, la Compañía de Jesús ha intentado realizar precisamente una inculturación del Evangelio, que como hemos mencionado no ha sido del todo nueva en su historia, y que en el caso de América Latina se ha caracterizado, más que en otras partes, por acoger la fórmula de misión de la Congregación General XXXII del “servicio de la fe y la promoción de la justicia”³. Desde su Congregación General XXXI los jesuitas latinoamericanos han hecho suyo el Concilio con una intensidad extraordinaria⁴ y en Latinoamérica han sintonizado y promovido la opción por los pobres hasta el martirio. Bergoglio es un jesuita de Medellín, Puebla y Aparecida. En esta Conferencia fue un redactor importante del texto final precisamente en aquellos temas que mejor representan la inculturación latinoamericana del Evangelio.

Hay otros rasgos de Francisco muy marcados en su pontificado que, sin ser necesariamente latinoamericanos,

² Cf., Thomas Banchoff and José Casanova (eds.), *The jesuits and globalization. Historical legacies and contemporary challenges*, Georgetown University Press, Washington DC, 2016, 268-269.

³ Congregación General XXXII, Decreto 4.

⁴ Cf., Jorge Costadoat, *El impacto del Vaticano II en los jesuitas chilenos*, Mensaje, Santiago 2015.

se nutren de su mirada evangélica periférica. No podemos pasar por alto su deseo de una Iglesia misericordiosa. Bergoglio ha sido un crítico implacable de la versión farisaica del cristianismo predominante en el llamado “invierno eclesial”, período inaugurado con Juan Pablo II, dominado por católicos tradicionalistas. Esta Iglesia ha caído en la antigua tentación del menosprecio de los pecadores de parte de los justos y de la prevalencia de la doctrina sobre la realidad de la vida, a veces desgarradora, de las personas. Esta actitud del Papa Francisco que ha podido ser aplaudida en Europa y otras partes, también podemos pensar que proviene de su opción por los pobres. El Sínodo de la familia, por ejemplo, lleva la marca de la misericordia que este Papa ha querido imprimirle.

Hay tres asuntos de estilo de Francisco que sí parecen subrayar el surgimiento de una iglesia latinoamericana adulta. Hemos dicho que este Papa ha sido elegido, entre otras cosas, para reformar la Curia romana. Lo que nadie esperaba es el trato que muchas veces ha dado a sus integrantes. Por cierto, recibió de Benedicto un aparato de gobierno deteriorado y con señales preocupantes de corrupción. La llegada de Bergoglio ha debido irritar tremendamente a personas que han profitado de sus cargos e influencias, y que han vivido de una cultura cortesana que poco tiene que ver con los valores de las bienaventuranzas. Famosos fueron sus puntos de oración dados por él mismo a los purpurados, señalándoles con todas sus letras la enfermedades de la Curia. ¿Cómo habrán tomado los asistentes que se les haya dicho que pueden adolecer de Alzheimer espiritual? Francisco ha irrumpido en este ambiente a contracorriente. En esto no hay que ver un asunto de carácter —aunque de carácter tiene mucho— sino de un propósito latinoamericano por cortar con un gobierno

centralizado de la Iglesia que ha abusado de su poder. Las iglesias latinoamericanas y de otras partes del mundo han padecido humillaciones sin fin de parte de los funcionarios vaticanos. Difícilmente podrá olvidarse que el texto de Aparecida volvió de Roma cambiado por un cardenal de la Curia. Francisco estima que esta situación no puede continuar.

Otro asunto notable, ciertamente el que más, ha sido su impresionante opción por los pobres. Ha viajado a los lugares más pobres. Su ida a Lampedusa fue profética. Hizo instalar duchas en el Vaticano para los mendigos que viven en las calles. Ha almorzado con los pobres en comedores populares. Ha pedido a las congregaciones religiosas en crisis de vocaciones que abran sus enormes casas en Roma a los inmigrantes. La lista de iniciativas de este tipo es interminable. Todas estas expresiones de ida a los más pobres son consistentes con sus gestos que indican un deseo de un estilo más sencillo de representación del Papa. Por ejemplo: cambió el majestuoso sillón pontificio por uno más modesto; se le ha visto retirando la basura de la casa Santa Marta; si hubo de necesitar anteojos nuevos, los fue a comprar a una óptica corriente, en vez de hacer ir a los ópticos al Vaticano; cambió el uso de un auto millonario por el más humilde de los Fiat. Nada de esto es casual. No puede ser visto como un asunto de virtud personal de Jorge Bergoglio, sino como una indicación neta del Papa de recuperar el Evangelio, lo cual ha sido muy propio de una Iglesia latinoamericana que en el período postconciliar ha querido ser la “Iglesia de los pobres”.

Por último, un tercer rasgo de Francisco es su modo directo y horizontal, incluso descuidado, de expresarse. Hasta Francisco, parecía que los papas debían ser infalibles en cada una de sus palabras. Prácticamente no podían decir

nada que no fuera por escrito. La costumbre de citarse solo a sí mismo reforzaba el priurito de tener que enseñar la verdad sin sombra de error. El Papa actual habla sin papeles. Acepta responder a los periodistas en *on*. No teme cometer errores, y los ha cometido. Habla con libertad y, en consecuencia, deja espacio a que otros también lo hagan. Tal vez lo más sorprendente es haber lanzado 39 preguntas sobre moral familiar y sexual a toda la Iglesia, sin temor a que los católicos, laicos y consagrados, pudieran dudar de la doctrina tradicional. Este modo de expresarse tal vez no sea del todo latinoamericano, mucho tiene que ver con su carácter bastante italiano, pero tiene un aire de novedad, la novedad de quien viene de otra área del mundo. En Francisco predomina la urgencia de desarrollar relaciones horizontales entre los sacerdotes y los laicos, tal como parece haberlo querido el Vaticano II. Su disposición general es pastoral. Como pastoral ha sido la impronta de la Iglesia liberadora del continente.

El excesivo protagonismo del Papa hace pensar acaso él no terminará traicionando lo que representa, a saber, este giro eclesial hacia los márgenes. ¿Tiene claro Francisco que debe ceder más espacio a los otros episcopados? Lo suponemos. Sí sabemos que quiere cambios importantes. Tal vez no tenga otro medio para alcanzar una Iglesia policéntrica que utilizando el poder que tiene para orientarlo en la dirección correcta. La prueba de fuego, en cualquier caso, será la reforma de la Curia. Pero no se necesita tanto una Curia mejor —esto podría ser incluso peor— como un nuevo modo de relacionarse el centro con la periferia, es decir, la Iglesia de Roma con las otras iglesias del mundo. La demanda unánime es por más autonomía. Por esta vía los cristianos latinoamericanos llegaremos a una apropiación original del Evangelio.

EL MUNDO EN EL PENSAMIENTO DEL PAPA FRANCISCO

La mirada del Papa Francisco ante el mundo es típicamente cristiana. Es más, en él advertimos un amor por el mundo y una solicitud por su salvación extraordinarios. En Francisco converge la mejor teología de la creación con una resuelta disposición a la evangelización en tiempos en que el mundo enfrenta una amenaza socio-ambiental apocalíptica.

En este artículo, nos centraremos en aquello que el Papa entiende por mundo y en lo que él considera pastoralmente fundamental en estos momentos de la historia. Su actitud ante la suerte del mundo queda sintetizada en estos términos:

Una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos (EG 183).

En esta ocasión nos basaremos en *Evangelii Gaudium* (EG) y *Laudado si'* (LS), los dos documentos magisteriales en que Francisco aborda el tema con mayor detención.

SITUACIÓN DEL MUNDO ACTUAL

A Francisco le interesa todo lo que afecta al mundo. Nada suyo le es indiferente. Celebra los innumerables progresos científicos y humanos, y la mejoría de la vida humana en muchísimos aspectos. Pero no se deja deslumbrar por estos adelantos. La suya es una preocupación muy honda por lo que está ocurriendo con las personas y el planeta.

Cincuenta años antes *Gaudium et spes* señaló como característica principal del nuevo período de la humanidad “cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero” (GS 4). En línea con este diagnóstico, Francisco llama la atención sobre el cambio de época, sobre el aumento de la velocidad con que estas transformaciones ocurren y sobre el impacto que tienen en los ritmos de la vida y del trabajo de las personas, y sobre la mucho más lenta evolución biológica. A todo esto, cree él, debe sumarse que “el problema de que los objetivos de ese cambio veloz y constante no necesariamente se orientan al bien común y a un desarrollo humano, sostenible e integral”, todo lo cual se traduce en “deterioro del mundo y de la calidad de vida de gran parte de la humanidad” (LS 18). Son muchos los que viven precariamente. “El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos. La alegría de vivir frecuentemente se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen, la inequidad es cada vez más patente. Hay que luchar para vivir y, a menudo, para vivir con poca dignidad (EG 52). A propósito de la situación ambiental, no obstante la enorme crisis, hay algunas señales de esperanza. Según el Papa “después de un tiempo de confianza irracional en el progreso y en la capaci-

dad humana, una parte de la sociedad está entrando en una etapa de mayor conciencia. Se advierte una creciente sensibilidad con respecto al ambiente y al cuidado de la naturaleza, y crece una sincera y dolorosa preocupación por lo que está ocurriendo con nuestro planeta” (LS 19).

Esta situación del mundo no es casualidad para Francisco. Tanto los adelantos como la lamentable situación socio-ambiental son consecuencia de la acción humana. El problema del mundo actual es fundamentalmente ético:

Mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales (EG 202).

La situación de grave daño y peligro en que se encuentra el planeta y los más pobres es consecuencia del pecado de la humanidad, pero no de ella en el mismo grado. Hay ciertamente personas que son solo víctimas. Los grandes culpables son los más poderosos y los países ricos que a través de la tecnocracia, la liberación de los mercados y la promoción de un crecimiento ilimitado de la economía, ha puesto a la Tierra al borde del abismo. Los principales culpables de estos efectos son “el actual modelo de desarrollo” y “la cultura del descarte” (LS 34). No puede llamarse desarrollo a la causa principal del desastre socio-ambiental. Urge cambiar el modelo global de desarrollo. Así surgirán nuevos modelos de progreso. “Simplemente se trata de redefinir el progreso. Un desarrollo tecnológico y económico que no deja un mundo

mejor y una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso (LS 194). Por otra parte, también es necesaria una nueva cultura, una que cuide el planeta y se evidencie en nuevos estilos de vida. Se necesita una cultura y concepto de desarrollo que hagan caso del clamor de los pobres y de la Tierra. Las situaciones de inequidad planetaria “provocan el gemido de la hermana Tierra, que se une al gemido de los abandonados del mundo, con un clamor que nos reclama otro rumbo” (LS 53).

Todo esto es especialmente penoso porque la Tierra es hermosa. Tal vez ninguna encíclica hasta hoy ha subrayado tanto este aspecto. Dios creó el mundo hermoso. Por lo mismo, Francisco llama la atención sobre la fealdad predominante, la cual es resultado a su vez de decisiones éticamente imputables:

Mirando el mundo advertimos que este nivel de intervención humana, frecuentemente al servicio de las finanzas y del consumismo, hace que la tierra en que vivimos en realidad se vuelva menos rica y bella, cada vez más limitada y gris, mientras al mismo tiempo el desarrollo de la tecnología y de las ofertas de consumo sigue avanzando sin límite. De este modo, parece que pretendiéramos sustituir una belleza irremplazable e irrecuperable, por otra creada por nosotros (LS 34).

Con esto, no obstante, no debemos desesperar. Dios que recrea incesantemente el mundo persevera en ofrecernos un mundo hermoso. Gracias al Cristo resucitado “cada día en el mundo renace la belleza” (EG 276). En cuestión de belleza, el mismo Jesús nos lleva la delantera. Él invito a los suyos a

estar atentos a la belleza que hay en el mundo, él que “estaba en contacto permanente con la naturaleza y le prestaba una atención llena de cariño y asombro” (LS 97). Jesús supo contemplar la hermosura de la creación e invitó a sus discípulos “a reconocer en las cosas un mensaje divino” (LS 97).

No hay que desesperar porque el hombre mismo es capaz de producir cosas valiosas y hermosas, “desde objetos domésticos útiles hasta grandes medios de transporte, puentes, edificios, lugares públicos. También es capaz de producir lo bello y de hacer ‘saltar’ al ser humano inmerso en el mundo material al ámbito de la belleza” (LS 103). Los aviones, los rascacielos, las obras pictóricas y musicales, y tantas otras pueden ser hermosas. En todo esto, en la “intención de belleza del productor técnico y en el contemplador de tal belleza, se da el salto a una cierta plenitud propiamente humana” (LS 103).

Como es posible advertir, Francisco vincula estrechamente lo social y lo ecológico, y la ética y la estética. El Papa, al llamar la atención sobre la situación del mundo, se suma a otras voces: “En muchos lugares del mundo, las ciudades son escenarios de protestas masivas donde miles de habitantes reclaman libertad, participación, justicia y diversas reivindicaciones que, si no son adecuadamente interpretadas, no podrán acallarse por la fuerza” (EG 74). Aprecia las nuevas búsquedas espirituales, pero advierte sobre su validez: “más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro” (EG 89). Él recoge una demanda ética, estética y espiritual latente o manifiesta de la humanidad. El mismo mundo clama por ser distinto.

El Papa recoge una inquietud nueva en la historia de la humanidad, a saber, la preocupación de los medios ambientalistas por las futuras generaciones: “¿qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos sucedan, a los niños que están creciendo?” (LS 160). Esta pregunta debiera activar en nosotros una atención a lo más profundo, a la orientación del mundo, a su sentido y sus valores. Aún más, esta pregunta obliga a su vez a preguntarse por el sentido último de la realidad:

¿Para qué pasamos por este mundo? ¿para qué vinimos a esta vida? ¿para qué trabajamos y luchamos? ¿para qué nos necesita esta tierra? Por eso, ya no basta decir que debemos preocuparnos por las futuras generaciones. Se requiere advertir que lo que está en juego es nuestra propia dignidad. Somos nosotros los primeros interesados en dejar un planeta habitable para la humanidad que nos sucederá. Es un drama para nosotros mismos, porque esto pone en crisis el sentido del propio paso por esta tierra (LS 160).

En otras palabras, la crisis socio-ambiental actual ha puesto al mundo delante de sí mismo. La situación de muerte global eventual obliga a la humanidad a interrogarse por su razón de ser y, por ende, por el “cómo ser”. Este planteamiento tiene un valor definitivo. Sobre esta base se hace muy pertinente que la Iglesia anuncie el Evangelio. Es en este contexto, a este nivel de experiencia humana y colectiva, que la evangelización y la inculturación encontrarán su relevancia.

RESPUESTA EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

Planteamiento pastoral fundamental

Ante un mundo que arriesga una pérdida total, pérdida que habrá podido ser consecuencia del pecado, la respuesta de la Iglesia, tal como lo plantea Francisco, ha de ser misericordiosa. No corresponde condenar al mundo. Tampoco desentenderse y apartarse de él. Por el contrario, afirma, “en nuestra relación con el mundo, se nos invita a dar razón de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan” (EG 271).

Esto que parecerá obvio desde el punto de vista de la concepción de la salvación cristiana, no lo ha sido en la historia de la Iglesia. El Papa acusa el influjo de filosofías dualistas que llevaron al cristianismo a separarse del mundo para, supuestamente apartados de él, condenar su aspecto material y corporal. Dualismos malsanos han tenido un importante influjo en pensadores cristianos a lo largo de la historia. Lamentablemente la Iglesia se alejó por esta vía del Evangelio. Olvidó que Jesús no fue un “asceta separado del mundo o enemigo de las cosas agradables de la vida” y que vivió “en armonía plena con la creación” (LS 98); “Jesús trabajaba con sus manos, tomando contacto cotidiano con la materia creada por Dios para darle forma con su habilidad de artesano” (LS 98).

Por otra parte, una equivocada antropología cristiana pudo dar pie a una mala comprensión de la relación del ser humano con el mundo. Muchas veces se transmitió “un sueño prometeico de dominio sobre el mundo que provocó la impresión de que el cuidado de la naturaleza es cosa de

débiles” (LS 116). La actitud de los cristianos ante el mundo nunca ha debido ser la de quien se pretende adueñarse de él. Antes bien, la de quien se sabe su “administrador responsable” (LS 116).

Muy por el contrario de una *fuga mundi*, el Papa ha querido lanzar a la Iglesia al mundo a anunciar el Evangelio. “Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios” (EG 176). Dios reinará entre los cristianos allí donde predomine la fraternidad, justicia, paz y dignidad para todos (EG 186). Por esta vía se amará a Dios, no por otra. Su pontificado será recordado por haber querido poner a la “Iglesia en salida”, es decir, yendo al mundo, reconociéndolo y haciéndolo propio. La condición de posibilidad de la evangelización, y bajo este respecto, de la salvación del mundo, depende de un incesante identificarse la Iglesia con el mundo, y particularmente con el mundo sufriente. Lo afirma en estos términos:

La entrega de Jesús en la cruz no es más que la culminación de ese estilo que marcó toda su existencia. Cautivados por ese modelo, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. Pero no por obligación, no como un peso que nos desgasta, sino como una opción personal que nos llena de alegría y nos otorga identidad (EG 269).

La Iglesia no puede sino correr la suerte del mundo. Tal vez ha faltado en los documentos en comento un reco-

nocimiento abierto del carácter mundano de la misma Iglesia. Todavía en los textos se advierte una separación entre ambos. Pero lo que es de subrayar aquí es que la Iglesia no hará nada por la salvación del mundo si no lo ama. Todo el empeño por ser “Iglesia en salida” tiene otra cara: la de acoger en su seno al mundo al que se va: “la Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio” (EG 114).

Esta acogida del mundo en la Iglesia e identificación con su futuro es especialmente importante cuando los más pobres quedan a merced de los intereses económicos. Nuestra realidad material y corporal hace de principio de solidaridad básico con toda la creación. De aquí que, por ejemplo, “la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación” (EG 215). Dios nos ha unido al mundo por amor. No viene al caso desentenderse o aprovecharse de él.

El mundo como creación

Esta actitud pastoral misericordiosa del Papa proviene estrictamente de la convicción cristiana de que el mundo es creación de Dios y que Dios lo ha creado por amor. El mundo procede de una decisión divina, no del caos o de la casualidad; el universo no es el resultado de algún acto omnipotente, de una demostración de fuerza o de una autoafirmación. Dios ha creado el mundo por su Palabra y lo ha hecho por amor. Dios ama su mundo. El mundo pertenece a Dios, no puede considerársele un “bien sin dueño” (LS 89). Más precisamente, “el mundo fue creado por las tres Personas como

un único principio divino, pero cada una de ellas realiza esta obra común según su propiedad personal” (LS 237).

De aquí que el mundo lleva la impronta de la Trinidad. Si lo que constituye a las personas divinas son las relaciones intratrinitarias, así mismo entre las criaturas prima una trama de relaciones: “las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente” (LS 240). Las personas, por esto, más crecen en la medida que se relacionan con Dios, con las demás criaturas y entre sí mismas. “Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad” (LS 240). Todos los seres creados compartimos a un mismo Padre, por lo cual “todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde” (LS 89).

Toda la creación lleva la impronta de la Trinidad también en la dirección que el resucitado le ha dado tras su resurrección de entre los muertos. El mundo no existe en su mera condición natural. Cristo le es inherente de un modo invisible pero real, dándole su orientación definitiva:

Una Persona de la Trinidad se insertó en el cosmos creado, corriendo su suerte con él hasta la cruz. Desde el inicio del mundo, pero de modo peculiar a partir de la encarnación, el misterio de Cristo opera de manera oculta en el conjunto de la realidad natural, sin por ello afectar su autonomía (LS 99).

Esto vale en cuanto a la liberación del pecado que arruina el mundo, como del éxito que le corresponde en cuanto nueva creación. Cristo está presente y reina en el mundo:

Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (Mt 13, 31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (Mt 13, 33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (Mt 13, 24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano (EG 278).

Esta presencia y acción de Cristo en el mundo hacen de este un “sacramento de comunión” (LS 9). Cada una de las criaturas, incluso las más pequeñas e insignificantes, hacen posible un encuentro con Dios. El mundo, y su transformación por el ser humano, tiene una condición sacramental, por tanto, no puede ser considerado como una realidad meramente profana. Por esta vía el Papa despeja el camino a una secularidad que, en línea con la Encarnación, debiera hacer real el cristianismo, de modo anónimo al menos, como camino de una mayor humanización y de realización escatológica de las demás criaturas. La administración de los sacramentos de la Iglesia, por esto, ya que garantizan la acción de Dios en favor de los cristianos no debiera sacar

a las personas del mundo. Ellos, gracias a la asunción de la materialidad, favorecen el encuentro con Dios. Esto es particularmente claro en el caso de la Eucaristía:

En la Eucaristía lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él. En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico (LS 236).

La Eucaristía y los demás sacramentos no tienen, en línea de máxima, una capacidad de hacer presente a Dios que no tenga el mundo en cuanto tal. Ya que el mundo es creación de Dios, puesto que en él obra Cristo llevándolo a convertirse en una nueva creación, debe considerársele objeto de contemplación y tratárselo con cuidado. Sin esta actitud los seres humanos harán de él lo que les parezca. El dominador, el consumidor y cualquier explotador se aprovechan del mundo porque son incapaces de maravillarse de él (LS 11). Francisco llama a cultivar una actitud contemplativa atenta a los acontecimientos de la historia, pues a veces de un modo imperceptible, como en el caso de María, puede captarse en ellos lo más importante (EG 288).

Sin embargo, el Papa advierte en contra de algunas sacralizaciones o divinizaciones indebidas de las realidades creadas. Es posible sacralizar la propia cultura, dando así paso al fanatismo religioso (EG 117). Al olvidar que Dios es el creador y que las criaturas no son propiamente divinas, se puede terminar adorando los poderes mundanos, idolatría que conduce directamente a aprovecharse desconsideradamente del mundo. El Papa llama la atención sobre el peor de los ídolos de la época y sobre sus víctimas:

En este contexto, algunos todavía defienden las teorías del “derrame”, que suponen que todo crecimiento económico, favorecido por la libertad de mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social en el mundo. Esta opinión, que jamás ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante. Mientras tanto, los excluidos siguen esperando (EG 54).

Afirma más adelante:

El afán de poder y de tener no conoce límites. En este sistema, que tiende a fagocitarlo todo en orden a acrecentar beneficios, cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta (EG 58).

Ante este sistema económico, debe recordarse que Dios es el único dueño del mundo. Si esto no está claro,

la humanidad tenderá a imponer en la realidad sus propias leyes e intereses (LS 75). Francisco recuerda que el judeo-cristianismo desmitificó la naturaleza, no para hacer con ella cualquier cosa, sino para hacerse responsable de ella. Hoy debiéramos terminar con “el mito moderno del progreso material sin límites” (LS 78). La persona humana debe imponer límites a su poder sobre la naturaleza. Debe asimismo orientarla y cuidarla.

En todo caso debe tenerse en cuenta que Dios y el hombre han de cooperar en el gobierno del mundo, y que Dios es capaz de sacar bienes de donde solo parece haber males. Muchas deficiencias y sufrimientos del mundo actual pueden consistir en los “dolores de parto” que exigen colaborar en la acción de Dios Padre por llevar adelante a su creación. Esta acción, sin embargo, no se realiza en perjuicio de la libertad humana. Dios respeta la autonomía de las realidades terrenas. Él no interviene en el mundo de un modo directo. Al abstenerse de intervenir en los acontecimientos del mundo, confía en la acción de la humanidad por superarse a sí misma.

El mundo como lugar de experiencias auténticas e inauténticas de Dios

Hemos visto que Francisco subraya la importancia de la contemplación de Dios en la creación, lo cual no autoriza a idolatrar ninguna creatura. El Papa, además, nos precave contra la idolatría que se esconde en la religiosidad y la vida espiritual.

En un mundo individualista como en el que estamos, la vida espiritual de las personas espontáneamente rehúye las mediaciones sociales e institucionales y tiende a expresarse

en mediaciones individualistas. Las consecuencias del individualismo espiritual son, en definitiva, deshumanizantes. Son engañosas, porque parecen responder a necesidades muy nobles. Pero alienan a sus devotos, cuando no a sus clientes, y terminan por aislarlos y hacerles olvidar al prójimo y la edificación de un mundo mejor. Por esta vía no se alaba a Dios. El Papa, que repetidas veces advierte de este peligro, afirma:

El aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios (EG 89).

Hoy son de celebrar todos los intentos que se dan en la Iglesia por renovar la vida espiritual: los grupos de oración, de intercesión, de lectura orante de la Palabra, las adoraciones perpetuas de la Eucaristía, etc. La Iglesia, según el Papa, “necesita imperiosamente el pulmón de la oración” (EG 262). Por cierto, muchos fieles no encuentran en su Iglesia

y comunidades más que respuestas administrativas o meras sacramentalizaciones muy insuficientes a sus búsquedas de Dios. Pero, dada la privatización cultural de la vida todas aquellas buenas prácticas religiosas “pueden llevar a los cristianos a refugiarse en alguna falsa espiritualidad” (EG 162). En los mismos agentes evangelizadores puede advertirse “una acentuación del *individualismo*, una *crisis de identidad* y una *caída del fervor*. Son tres males que se alimentan entre sí” (EG 78). En el cristianismo no hay espacio para la “fugas individualistas”; tampoco para “formas de ‘espiritualidad del bienestar’ sin comunidad”, para “una ‘teología de la prosperidad’ sin compromisos fraternos o ...experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista” (EG 90).

El Papa Francisco nos recuerda que el cristianismo se juega en el amor. Hemos de desconfiar de cualquier mística o propuesta de espiritualidad que no pase por la criba del amor. El cristianismo apuesta que a Dios se le encuentra toda vez que se ama al prójimo y al mundo, y este amor se comprueba en la búsqueda de justicia y de un bien común socio-político. La espiritualidad cristiana auténtica es cuestión de amor:

Una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Si bien “el

orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política”, la Iglesia «no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor (EG 183).

Esto es hoy especialmente relevante. Ante la crisis socio-ambiental, se requieren pequeños gestos de amor entre las personas, pero también acciones civiles y sociales. Urge “construir un mundo mejor” (LS 231). El amor por este mundo requiere buscar las mediaciones políticas, económicas y culturales de un auténtico desarrollo. Este amor social debiera hacer pensar en las “grandes estrategias que detengan eficazmente la degradación ambiental y alienten una *cultura del cuidado* que impregne toda la sociedad. Cuando alguien reconoce el llamado de Dios a intervenir junto con los demás en estas dinámicas sociales, debe recordar que eso es parte de su espiritualidad, que es ejercicio de la caridad y que de ese modo madura y se santifica” (LS 231).

Nada de esto debe darse por supuesto. El mundo está en peligro. Se requiere una conversión. Esta conversión, a su vez, debiera expresarse en una fraternidad universal con el prójimo y el planeta. Nuestro cristianismo será siempre algo incompleto. En él, sin embargo, nunca debe faltar “la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha” (EG 195). El Papa propone a Francisco de Asís como el modelo de la espiritualidad fraternal con los pobres y con el cosmos que nuestra época necesita.

CONCLUSIÓN: APELACIÓN APOCALÍPTICA POR LA SALVACIÓN DEL MUNDO

No hay duda que al Papa le interesa la evangelización de los pobres y la salvación de la Tierra. Desde los tiempos de la crisis nuclear la humanidad no había enfrentado un peligro tan grande (LS 3). La preocupación de Francisco es socio-ambiental. Ha realizado acciones y ha proclamado por todas partes palabras en favor de una opción por los pobres. Su exclamación: “quiero una Iglesia pobre y para los pobres”, despejó todas las dudas sobre la orientación que adquiriría su pontificado. Los pobres son las primeras víctimas de la actual catástrofe ambiental. Pero ahora la víctima es toda la humanidad y la vida misma de un planeta que está al borde de la muerte. Dice así:

Parecen advertirse síntomas de un punto de quiebre, a causa de la gran velocidad de los cambios y de la degradación, que se manifiestan tanto en catástrofes naturales regionales como en crisis sociales o incluso financieras, dado que los problemas del mundo no pueden analizarse ni explicarse de forma aislada. Hay regiones que ya están especialmente en riesgo y, más allá de cualquier predicción catastrófica, lo cierto es que el actual sistema mundial es insostenible desde diversos puntos de vista, porque hemos dejado de pensar en los fines de la acción humana (LS 61).

Afirma el Papa más adelante:

Las predicciones catastróficas ya no pueden ser miradas con desprecio e ironía. A las próximas generaciones podríamos dejarles demasiados escombros, desiertos

y suciedad. El ritmo de consumo, de desperdicio y de alteración del medio ambiente ha superado las posibilidades del planeta, de tal manera que el estilo de vida actual, por ser insostenible, sólo puede terminar en catástrofes, como de hecho ya está ocurriendo periódicamente en diversas regiones. La atenuación de los efectos del actual desequilibrio depende de lo que hagamos ahora mismo, sobre todo si pensamos en la responsabilidad que nos atribuirán los que deberán soportar las peores consecuencias (LS 161).

La situación es apocalíptica. Al Papa no le gusta la idea corriente de una predicación apocalíptica que solo sirve para atemorizar. Pero, de hecho, su planteamiento es apocalíptico en el sentido bíblico del término: “El Apocalipsis se refiere a ‘una Buena Noticia, la eterna, la que él debía anunciar a los habitantes de la tierra, a toda nación, familia, lengua y pueblo’ (Ap 14,6)” (EG 22). Su discurso es una apelación dramática sobre un eventual *acabo mundi*, pero una apelación que, por estar preñada de esperanza, debiera provocar una respuesta activa ahora, justo cuando todavía es tiempo de hacer algo por la Tierra. El peligro es fatal. Nadie puede restarse y dejar que los acontecimientos sigan su curso.

Francisco, al plantear acciones concretas que puedan contrarrestar la injusticia y el caos ecológico, convoca a todas las fuerzas sociales, culturales y religiosas que pueden hacer algo. Las llama al diálogo (cf. índice del Capítulo V de LS). Antes que nada, se requiere “tomar dolorosa conciencia, atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno puede aportar” (LS 19). El problema es tan grande que atañe a todos y solo puede ser resuelto por todos. Cada cual debe hacer su aporte. El desafío es personal y político.

No hay duda que para el Papa Francisco la familia tiene una enorme importancia. Ha dedicado al tema más de treinta catequesis en las sesiones de los miércoles en el Vaticano, además de otros discursos. Cada vez que ha visitado un país ha querido tener una reunión con familias.

Hoy se suele hablar de una crisis de la familia. ¿Existe tal crisis? Lo que sí podemos constatar, es una enorme cantidad de familias diversas y, por otra parte, cambios muy grandes en el modo de concebirlas. No es lo mismo el matrimonio y la familia en Japón que en África, o en los sectores pobres y los acomodados de América Latina. En todo caso, hay tendencias comunes. Los núcleos familiares tienden a ser significativamente más pequeños. En Chile, por ejemplo, siendo que el bienestar constituye la aspiración principal de la vida de las personas, las familias toman decisiones en vista a alcanzar este bienestar. Es así que en el ideario de los chilenos una familia debiera estar formada, en lo posible, por los cónyuges y dos niños. Un grupo humano de estas dimensiones puede hacer frente al riesgo de la pobreza, mal que atenta contra la familia y puede destruirla. Entre los pobres, quienes no tienen familia son los más pobres. La familia es la fortaleza de las personas en un mundo que muchas veces les es enemigo y, sobre todo, el ámbito en el que las personas más felicidad alcanzan.

En este artículo nos abocaremos al tema con una restricción relevante. No incluiremos aquí lo que el Papa ha dicho en *Amoris laetitia*, la Exhortación apostólica sobre la

familia. Nos limitaremos a las alocuciones de los días miércoles y otros discursos del Papa sobre la familia. Esta restricción puede luego ayudar a hacer comparaciones entre estos textos y los de *Amoris laetitia*.

A modo de encabezamiento de lo que sigue, debemos destacar que, tanto en las catequesis como en la Exhortación Apostólica, sobresale un asunto de máxima importancia y que viene muy al caso mencionarlo desde ya. El enfoque del tema de parte del Papa es pastoral y no doctrinal. A Francisco no le interesa ajustar la realidad de las familias a un concepto ideal. Él parte de la realidad y vuelve a la realidad. Todas sus palabras pretenden ser una ayuda a las familias tal como ellas son, y no como deberían ser. Por cierto, rehúye la expresión de “familias irregulares”. Afirma que no le gusta¹.

LUGAR DE GRATUIDAD

La familia es para Francisco fundamentalmente un lugar donde la gratuidad se da y se aprende. Las personas que llegan a adquirirla son capaces de relacionarse con los demás de un modo desinteresado y respetuoso de la dignidad de las otras personas fuera del ámbito doméstico. En la vida en

¹ “A nuestro alrededor encontramos diversas familias en situaciones así llamadas irregulares —a mí no me gusta esta palabra— y nos planteamos muchos interrogantes. ¿Cómo ayudarlas? ¿Cómo acompañarlas? ¿Cómo acompañarlas para que los niños no se conviertan en rehenes del papá o la mamá?” (26 06 15). Esta numeración entre paréntesis indica el día en el cual el Papa Francisco pronunció las referidas palabras (en catequesis o discursos).

sociedad predominan las relaciones funcionales. También en la familia hay funciones que cumplir. Entre los cónyuges se reparten responsabilidades. Normalmente también los niños tienen tareas hogareñas que cumplir: comprar el pan, lavar los platos, etc. Pues bien, en este espacio es muy importante aprender tres palabras claves que facilitan el cumplimiento de estas funciones pero que, en sentido estricto, son gratuitas:

... esas palabras son: “permiso”, “gracias”, “perdón”. En efecto, estas palabras abren camino para vivir bien en la familia, para vivir en paz. Son palabras sencillas, pero no tan sencillas de llevar a la práctica. Encierran una gran fuerza: la fuerza de custodiar la casa, incluso a través de miles de dificultades y pruebas; en cambio si faltan, poco a poco se abren grietas que pueden hasta hacer que se derrumbe².

Bien sabemos que estas tres palabras tan elementales cumplen un rol fundamental en todas las relaciones humanas. Si ellas ayudan a “vivir bien”, a “vivir en paz” en la familia, también lo hacen en la vida en sociedad. Pensemos, a modo de ejemplo, en el uso de dar “gracias”. En transacciones de compra y venta comunes y corrientes, en las cuales lo que corresponde observar es la regla del *do ut des* y nada más, normalmente decimos recíprocamente “gracias” cuando se hace entrega de los bienes de la transacción. Este mero hábito da un toque cordial a actos que parecieran no necesitarlo. Algo parecido habría que decir de otros valores que también adquirimos en casa. Dice así el Papa: “Es en casa

² 13 05 15.

donde experimentamos el perdón, y estamos invitados continuamente a perdonar, a dejarnos transformar. Es curioso, en casa no hay lugar para las ‘caretas’, somos lo que somos y de una u otra manera estamos invitados a buscar lo mejor para los demás”³.

El fundamento antropológico de esta gratuidad radica en una experiencia que cualquier ser humano puede tener: todos los niños que vienen a este mundo pueden ser queridos aún antes de nacer. Es triste saber que no sucede lo mismo con todos. Pero en muchos esta antecendencia del amor en sus vidas tiene en ellos un hondo influjo:

De ahí viene también la profundidad de la experiencia humana de ser hijo e hija, que nos permite descubrir la dimensión más gratuita del amor, que jamás deja de sorprendernos. Es la belleza de ser amados antes: los hijos son amados antes de que lleguen. Cuántas veces encuentro en la plaza a madres que me muestran la panza y me piden la bendición..., esos niños son amados antes de venir al mundo. Esto es *gratuidad*, esto es amor; son amados antes del nacimiento, como el amor de Dios, que siempre nos ama antes. Son amados antes de haber hecho algo para merecerlo, antes de saber hablar o pensar, incluso antes de venir al mundo. Ser hijos es la condición fundamental para conocer el amor de Dios, que es la fuente última de este auténtico milagro. En el alma de cada hijo, aunque sea vulnerable, Dios pone el sello de este amor, que es el fundamento de su digni-

³ 22 09 15.

dad personal, una dignidad que nada ni nadie podrá destruir⁴.

Esta cita es rica bajo varios aspectos. La imagen de ser amados antes de nacer tiene enorme fuerza. Ella supone —el texto no lo afirma, pero queda implícito en el hecho de “ser amado” — que los padres no conocen al niño que les nacerá. En cierto sentido arriesgan amar a un ser que puede no parecerseles, también a un alguien que escapará a su control. Y, sin embargo, ellos lo aman. Lo hacen, antes que el hijo hable o piense. Hipotéticamente el niño pudiera no llegar a hablar ni a pensar nunca, pero bien puede experimentar anticipadamente un cariño incondicional. Podemos ir incluso más allá del texto mismo del Papa e imaginar que este amor a priori tiene un efecto somático en el *nasciturus*. Hemos de creer que “el ser amado” antes de nacer influye benéficamente en el feto durante el embarazo. Podríamos ir todavía más lejos —Francisco ciertamente estaría de acuerdo con nosotros—, y recordar a tantos niños que no solo son amados antes de nacer, sino incluso antes de ser concebidos.

Lo otro muy importante es que un amor así es metáfora del amor de Dios por nosotros. Dios, dice el Papa, nos ama no solo antes del milagro de nacer. Él mismo es el autor de este milagro. La gratuidad del amor de los padres por el niño que viene en camino, habla del Dios de Jesús que ama a los que no merecen ser amados. Así como los hijos no hacen nada para que sus padres los amen, tampoco Dios mira nuestros mérito para amarnos. Estamos en el corazón de la revelación de Jesús. Los cristianos reconoceremos en

⁴ 11 02 15.

él al Cristo que ha anunciado el reino a los pobres y los pecadores. Ni estos ni aquellos normalmente podían reclamar nada de nadie. A ellos Jesús les proclama una predilección de Dios que a otros podrá parecerles injusta.

En fin, Francisco asegura que Dios pone en el “alma de cada hijo” “el sello de este amor” a modo de fundamento de una dignidad personal que nadie podrá eliminar. Nuevamente hallamos aquí implícito algo esencial del Evangelio. Esta dignidad es, ni más ni menos, que la de ser, en virtud del Hijo, hijos e hijas de Dios. Lo propio de Jesús es haber llamado a Dios Abba, “padre”. Lo distintivo de Jesús es su autoconciencia de ser el “hijo”. Jesús, al compartir con los suyos su propia identidad y dignidad, los enriela en la experiencia de ser amados por Dios de un modo extraordinario. No es el caso aquí ahondar en la experiencia psicológica y espiritual de una persona que, como Jesús, se sabe tan radicalmente amado. Pero sí podemos pensar que si nuestros padres y madres ordinarios nos aman con un amor semejante, este amor tendrá en nosotros un valor sacramental y, por cierto, los mejores efectos.

En otra oportunidad el Papa Francisco vuelve sobre la metáfora filial, también en el registro de la gratuidad:

La alegría de los hijos estremece el corazón de los padres y vuelve a abrir el futuro. Los hijos son la alegría de la familia y de la sociedad. No son un problema de biología reproductiva, ni uno de los tantos modos de realizarse. Y mucho menos son una posesión de los padres... No. Los hijos son un don, son un regalo, ¿habéis entendido? Los hijos son un don. Cada uno es único e irrepetible y, al mismo tiempo, está inconfundiblemente unido a sus raíces. De hecho, ser hijo

e hija, según el designio de Dios, significa llevar en sí la memoria y la esperanza de un amor que se ha realizado precisamente dando la vida a otro ser humano, original y nuevo⁵.

Nuevamente la cita es rica en alcances. Si los hijos son un “don”, un “regalo” de Dios, hemos de suponer que los padres no tienen derecho a ellos. Nadie merece un hijo, una hija. Por el contrario, los progenitores que creen merecer los hijos que tienen suelen arruinar la relación y hacerles daño. Conocemos los casos de aquellas madres extremadamente posesivas. Aun en el caso de moverlas el bien de sus hijos, los controlan a un grado que los asfixia. Esto es especialmente complejo en la adolescencia. Los jóvenes experimentan la necesidad de que se confíe en el uso de su libertad. Si los padres no les van dando libertad a la medida que van creciendo, y no lo hacen más por miedo a perder a alguien que les “pertenece”, los hijos se rebelarán o se pasmarán. Francisco subraya que ellos no son un medio para que los padres se realicen, pero tampoco “una posesión” suya. Pues caben dos posibilidades, pero una sola es correcta: los hijos son considerados un “don” o un “cosa” (en términos del derecho civil). Las cosas no tienen libertad. Las personas en cambio, pueden “donarse” y “recibirse”, todo lo cual alcanza su máxima expresión cuando el intercambio es gratuito. La familia es, según el Papa, el ámbito por excelencia de la experiencia del “don” inmerecido de unos por otros. De aquí que los hijos sean una “alegría de la familia y de la sociedad”.

⁵ 11 02 15.

El carácter de don de los hijos, vinculado a la libertad que en ellos ha de desarrollarse, está estrechamente conectado a la originalidad de cada persona. Los hijos no son clones de los padres. Entre ambos hay un abismo, y debe haberlo, para que emerja en los niños el ser cada uno “único e irrepetible”. Si los padres pensarán que sus hijos son una extensión de sí mismos o una pertenencia suya, impedirían que en ellos aflore una diferencia fundamental. El Papa, sin embargo, recuerda la tensión dialéctica que tiene este aspecto con el de la proveniencia. Nadie nos pertenece, pero tampoco nadie es capaz antropológicamente hablando de decir que es completamente autosuficiente. La originalidad dice siempre relación a las raíces. En estas, podríamos agregar, encontramos las claves para conocer la identidad más profunda, aquella que, en definitiva, coincide con nuestra vocación. Dios nos llama a cada uno a algo único. La misión que cada uno tiene en este mundo depende de lo que construirá libre y originalmente, pero también de lo que ha recibido y debe a los demás.

Los hijos, según el Papa, llevan en sí mismos “la memoria y la esperanza de un amor que se ha realizado precisamente dando vida a otro ser humano, original y nuevo”. Este “llevar en sí” hay que entenderlo en el más hondo de los sentidos. La experiencia de ser amados por padres que los consideran un regalo, seguramente tiene en los hijos efectos psicológicos conscientes e inconscientes decisivos para sus vidas. Muy distinta puede ser la experiencia de quien se sabe un “problema” para la familia, alguien no querido, un carga inesperada o insoportable. Francisco nos diría que aun cuando un hijo o hija sea un peso para los padres, en la medida que además de un peso es un “don”, su identidad filial le dará fuerzas. Alguien que es tratado como “don” puede ubi-

carse y orientarse bien en la temporalidad de la existencia: mirará hacia atrás con agradecimiento y hacia el futuro con alegría. En la experiencia de ser “don” para los demás radica el sentido de la vida.

El hogar es ciertamente el ámbito en el cual los seres humanos aprenden a convivir con los demás. Por esto el Papa insta a las familias a desarrollar la convivialidad:

Hoy reflexionaremos sobre una cualidad característica de la vida familiar que se aprende desde los primeros años de vida: la convivialidad, es decir, la actitud de compartir los bienes de la vida y ser felices de poderlo hacer. ¡Pero compartir y saber compartir es una virtud preciosa! Su símbolo, su “ícono”, es la familia reunida alrededor de la mesa doméstica. El compartir los alimentos —y por lo tanto, además de los alimentos, también los afectos, los cuentos, los eventos...— es una experiencia fundamental. Cuando hay una fiesta, un cumpleaños, un aniversario, nos reunimos alrededor de la mesa. En algunas culturas es habitual hacerlo también por el luto, para estar cercanos de quien se encuentra en el dolor por la pérdida de un familiar⁶.

Francisco habla aquí de una “experiencia fundamental”. Algo tan sencillo como comer juntos, compartir, conversar, es formativo. También puede serlo celebrar e, incluso, acompañar a los familiares en su luto. Estos aprendizajes capacitan a las personas para ser empáticas en sus relaciones sociales. Entre las experiencias humanas que hacen feliz la

⁶ 11 11 15.

vida cotidiana están las de convivir, trabajar, sufrir y celebrar con otros. Todo esto se aprende en el hogar.

En familia, gracias a este tipo de relaciones que en ella se dan y se aprenden, las personas experimentan aquella seguridad que las protege de las amenazas que las acechan:

Sin familia, sin el calor del hogar, la vida se vuelve vacía, comienzan a faltar las redes que nos sostienen en la adversidad, las redes que nos alimentan en la cotidianidad y motivan la lucha para la prosperidad. La familia nos salva de dos fenómenos actuales, dos cosas que suceden hoy día: la fragmentación, es decir, la división, y la masificación. En ambos casos, las personas se transforman en individuos aislados fáciles de manipular, de gobernar. Y entonces encontramos en el mundo sociedades divididas, rotas, separadas o altamente masificadas, que son consecuencia de la ruptura de los lazos familiares, cuando se pierden las relaciones que nos constituyen como personas, que nos enseñan a ser personas⁷.

En esta cita el Papa Francisco relaciona dos conceptos semejantes pero distintos. Usualmente se habla de “individuo” para referirse a un ser solo, sea porque es individualista, porque cree que no necesita de nadie ni agradece a nadie, sea porque ha sido abandonado a su suerte por los demás; y de “persona”, para denominar a quien se constituye por una relación, un ser que, en consecuencia, forma parte de redes de pertenencia y de solidaridad. Las familias con

⁷ 22 09 15.

calidad de vínculos forman “personas” capaces de resistir en un mundo que, liderado por el mercado, querrá convertirlas en “individuos”. En la familia nos hacemos fuertes para vivir y sobrevivir en una sociedad que pretende dividirnos para aprovecharse de nosotros.

IMPORTANCIA DE LA FAMILIA PARA LA SOCIEDAD

Como ya ha podido advertirse, el Papa otorga enorme importancia a la familia también porque en ella se adquieren valores indispensables para la vida en sociedad. En este sentido, la visión que Francisco tiene de la familia es típicamente cristiana. No la concibe como una unidad cerrada, vuelta sobre sí misma, como un mero refugio “en contra” del mundo, sino al servicio del mundo. La familia tiene una misión, esta es, “proclamar al mundo, por el poder del sacramento del matrimonio, el amor de Dios”⁸.

Esta misión social de la familia proviene del mismo Jesús. Antes de seguir recordemos una serie de episodios evangélicos en los cuales el mismo Cristo marca una diferencia con su familia que a veces puede parecernos desconcertante. El niño Jesús respondió a su madre, de una manera que puede sonar insolente, que él debía estar en las cosas de su Padre, la vez que se quedó en el Templo y María y José lo buscaron desesperadamente en el camino

⁸ 09 12 14.

de Jerusalén a Nazaret (Lc 2, 41-50). En otra ocasión se nos dice que, habiéndole avisado a Jesús que su madre, sus hermanos y sus hermanas lo buscaban, Jesús les respondió: “¿Quién es mi madre y mis hermanos?” Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dijo: ‘Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre’” (Mc 3, 33-34). Por último, sabemos de una mujer que en voz alta le dijo “¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!”. Jesús dejó pasar esta alabanza a su madre para que nadie se equivocara con lo principal. Le respondió a la mujer: “Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan” (Lc 11, 27-28). En ninguno de estos casos Jesús reniega de sus familiares, pero sí subordina el valor de su familia al advenimiento del reino de Dios. Para él hay algo mayor que los vínculos de sangre. El reino lo engloba todo y lo trasciende todo. El Papa lo dice en estos términos:

La vivencia de la familia en el ámbito de la fe hace ir más allá de los vínculos familiares para acoger también a otras personas como hermanos y hermanas, y ejercer una paternidad y maternidad más amplias⁹.

Nuevamente encontramos aquí la metáfora familiar para comprender quiénes son los seres humanos unos con otros, a saber, hermanos y hermanas, padres y madres de otras personas, de personas que no pertenecen en sentido estricto a su familia. También en la sociedad los cristianos,

⁹ 02 09 15.

en virtud de su fe en Dios Padre, debieran vivir los valores que normalmente se viven en la familia. Los cristianos comparten su identidad más profunda con el resto de la humanidad, identidad que es su dignidad, dignidad que ellos debieran reconocer como el mayor de los valores.

La familia para Francisco enseña cómo vivir humanamente:

La familia es escuela de humanidad, escuela que enseña a poner el corazón en las necesidades de los otros, a estar atento a la vida de los demás. Cuando vivimos bien en familia, los egoísmos quedan chiquitos —existen porque todos tenemos algo de egoísta—, pero cuando no se vive una vida de familia se van engendrando esas personalidades que las podemos llamar así: “yo, me, mi, conmigo, para mí”, totalmente centradas en sí mismos, que no saben de solidaridad, de fraternidad, de trabajo en común, de amor, de discusión entre hermanos¹⁰.

El Papa tiene un concepto cristiano de “humanidad”, un concepto bien concreto: la generosidad, la solidaridad son valores que hacen verdaderamente más humanos. Estos, precisamente, se educan y se aprenden en los primeros años de vida. Las personas nacemos con poco o mucho egoísmo. Mientras menos oportunidad tenemos de ser educados para salir de nosotros mismos, peor será nuestra contribución a la sociedad. La familia forma en las personas su sentido del prójimo. En ella se adquieren las habilidades culturales y

¹⁰ 22 09 15.

emocionales para colaborar con otros y también para superar los conflictos que es normal que vengan. La “discusión entre hermanos” prepara a los niños para discutir en el futuro con las demás personas, en el trabajo, en sus futuras familias y en el foro público. La familia es “escuela de humanidad”. Por el contrario, podríamos decir que para él la falta de fraternidad y de sentido del prójimo son inhumanos y deshumanizan. Esta idea de la trascendencia de la familia, de la importancia de ella más allá de ella misma, es reiterada en sus catequesis:

Por esto, la familia abre para toda la sociedad una perspectiva mucho más humana: abre los ojos de los hijos sobre la vida —y no solo la mirada, sino también todos los demás sentidos— representando una visión de la relación humana edificada sobre la libre alianza de amor. La familia introduce a la necesidad de las uniones de fidelidad, sinceridad, confianza, cooperación, respeto; anima a proyectar un mundo habitable y a creer en las relaciones de confianza, también en condiciones difíciles; enseña a honrar la palabra dada, el respeto por las personas, el compartir los límites personales y de los demás. Y todos somos conscientes de lo insustituible de la preocupación familiar por los miembros más pequeños, más vulnerables, más heridos, e incluso los más desastrosos en las conductas de su vida¹¹.

¿Qué sería de la vida humana sin estos valores? Si no podemos confiar en nuestros semejantes la vida se convierte

¹¹ 07 10 15.

en un infierno. La experiencia familiar es, precisamente, la que va haciendo “habitable” el mundo. Otra vez podemos hacer una inferencia legítima. La familia cristiana que confía en un Dios que es Padre, traduce esta fe en relaciones de fidelidad de sus integrantes. La fidelidad que se instala en el alma de las personas como disposición a priori, fecunda las relaciones sociales y permite a la sociedad desarrollarse felizmente. Sabemos, por ejemplo, que los mundos de la economía y de la política no operan sin confianzas. ¡Qué difícil puede ser la vida en sociedad cuando en ella los demás son vistos como adversarios o enemigos!

Esto mismo se afirma aun con más claridad:

La comunión de vida asumida por los esposos, su apertura al don de la vida, la custodia recíproca, el encuentro y la memoria de las generaciones, el acompañamiento educativo, la transmisión de la fe cristiana a los hijos...: con todo esto la familia continúa siendo escuela inigualable de humanidad, contribución indispensable a una sociedad justa y solidaria (*Evangelii gaudium*, 66-68)¹².

La familia es “escuela inigualable de humanidad”. No se menciona en esta cita al amor, pero todos estos valores lo suponen. Pues bien, en la mente del Papa la sociedad humana justa y solidaria supone una experiencia de amor bien concreto entre los esposos y en los primeros años de vida de los hijos. No se descarta que este amor, y estos valores, los seres humanos los puedan adquirir en otros lugares. Por

¹² 14 10 14.

cierto, la escuela en cuanto tal tiene entre sus obligaciones suplir lo que los niños no pueden adquirir en sus casas. Pero, si se trata de “escuela de humanidad” no hay otra mejor que la familia. En esta escuela de humanidad se hace una experiencia emocional, psicológica y espiritual de los demás que forma profundamente las actitudes y aptitudes que una sociedad necesita para ser “justa y solidaria”.

Por otra parte, una sociedad proyectada a partir de los valores adquiridos en el ámbito familiar constituye una salvaguarda para las mismas familias. Un mundo que ha sido forjado con los mejores valores familiares funge, a su vez, como la mejor protección de las mismas familias:

De esta alianza, la comunidad conyugal-familiar del hombre y de la mujer es la gramática generativa, podríamos decir, el “lazo de oro”. Toma la fe de la sabiduría de la creación de Dios, que no *ha confiado a la familia* el cuidado de una intimidad que es fin en sí misma, sino el emocionante *proyecto de hacer “doméstico” el mundo*. Precisamente la familia está al inicio, en la base de esta cultura mundial que nos salva; nos salva de tantos, tantos ataques, de tantas destrucciones, de tantas colonizaciones, como la del dinero o de las ideologías que amenazan tanto al mundo. La familia es la base para defenderse¹³.

“Un mundo doméstico”, por una parte, solo es posible si la intimidad familiar, cuyo influjo recibe, no es un fin en sí mismo. Y, por otra, consiste en una cultura que, al

¹³ 16 09 15.

nutrirse de los mejores valores de familias abiertas a la sociedad, las “salva”, a su vez, de tantos males que hoy amenazan a la familia y suelen destruirlas. La familia es un refugio dentro de la sociedad. Pero también la sociedad protege a las familias, especialmente cuando ha hecho suyo lo mejor que en las familias puede darse. El círculo entre familia y mundo es virtuoso o vicioso. Podemos imaginar que de familias en las que reina el egoísmo saldrán personas socialmente insolidarias: “Toda amenaza para la familia es una amenaza para la propia sociedad”¹⁴; y, todo lo contrario, de aquellas en que predomina la generosidad saldrán personas que contribuirán a edificar un mundo benigno para las mismas familias. La circularidad entre ambas es innegable.

DIFICULTADES Y AMENAZAS A LA FAMILIA

Decíamos que el planteamiento del Papa a propósito de este tema es pastoral y no doctrinal. Prueba de esto es su sensibilidad para acoger la realidad del sufrimiento y del fracaso de las familias. Por otra parte, señala amenazas concretas.

Sufrimientos familiares

En sus catequesis Francisco es empático, hace suyos los sufrimientos típicos de las familias y, desde la misericordia, saca para ellas una palabra de aliento y de orientación. De este

¹⁴ 16 01 15.

modo la institución eclesíástica hace suyos los dolores normalmente grandes de las personas y, con ello, cumple mejor su misión, en vez de hacerlo con una doctrina que puede estar muy lejos o ser definitivamente imposible de cumplir por parte de gente a la que la vida le es adversa.

El Papa recuerda la realidad de los enfermos. Cualquiera ser humano puede confirmar que mucha de la energía emocional, cuando no de tiempo y de dinero, se va en las enfermedades de un miembro de su familia. Francisco recuerda las tantas veces que la gente ora por sus enfermos. Recordemos las peticiones en la misa dominical en las comunidades pequeñas. Suelen ser numerosas. O bien, por el contrario, consisten en acciones de gracias porque tal o cual miembro de su familia se mejoró.

Algo semejante ocurre con la muerte de un familiar. Este es normalmente el mayor de los sufrimientos. La muerte de un padre o una madre estremece a los hijos. Cuando se trata de la muerte de un hijo o hija, el dolor es devastador.

Si en ningún otro lugar las personas pueden experimentar más felicidad que en sus familias, también en ellas se dan los mayores sufrimientos. Dice el Papa:

Sabemos bien que en ninguna historia familiar faltan los momentos donde la intimidad de los afectos más queridos es ofendida por el comportamiento de sus miembros. Palabras y acciones (y omisiones) que, en vez de expresar amor, lo apartan o, aún peor, lo mortifican. Cuando estas heridas, que son aún remediabiles se descuidan, se agravan: se transforman en prepotencia, hostilidad y desprecio. Y en ese momento pueden convertirse en laceraciones profundas, que dividen al marido y la mujer, e inducen a buscar en

otra parte comprensión, apoyo y consolación. Pero a menudo estos “apoyos” no piensan en el bien de la familia¹⁵.

“Laceración” es una palabra fuerte. Francisco se refiere a una realidad que duele y puede seguir doliendo durante años e, incluso, durante toda la vida. Las heridas cierran o no cierran. Algunas sangran y no logran cerrar. Otras veces, sabemos, son golpes que nos traumaron. Un trauma puede impedirnos desenvolvernos bien en aquellas situaciones en las cuales emerge el miedo a ser golpeados de nuevo. A veces la misma familia se convierte en un ámbito terrible, lo sabemos. Puede ser incluso peor vivir en ella que en otra parte. El Papa nos recuerda que las personas suelen ir a buscar en otros lugares lo que en su familia no se da. El quicio de la familia, en el pensamiento de Francisco, es el matrimonio: “El vaciamiento del amor conyugal difunde resentimiento en las relaciones. Y con frecuencia la disgregación ‘cae’ sobre los hijos”¹⁶. El Papa aboga por los hijos ante sus padres. Como si él fuera el diputado de los hijos, representa ante los padres la más dolorosa de sus heridas:

Aquí están los hijos. Quisiera detenerme un poco en este punto. A pesar de nuestra sensibilidad aparentemente evolucionada, y todos nuestros refinados análisis psicológicos, me pregunto si no nos hemos anestesiado también respecto a las heridas del alma de los niños. Cuanto más se busca compensar con regalos

¹⁵ 26 06 15.

¹⁶ 26 06 15.

y chucherías, más se pierde el sentido de las heridas —más dolorosas y profundas— del alma. Hablamos mucho de disturbios en el comportamiento, de salud psíquica, de bienestar del niño, de ansiedad de los padres y los hijos... ¿Pero sabemos igualmente qué es una herida del alma? ¿Sentimos el peso de la montaña que aplasta el alma de un niño, en las familias donde se trata mal y se hace del mal, hasta romper el vínculo de la fidelidad conyugal? (...) Cuando papá y mamá se hacen mal, el alma de los niños sufre mucho, experimenta un sentido de desesperación. Y son heridas que dejan marca para toda la vida¹⁷.

Se trata de una apelación desgarradora. No tiene por objeto culpabilizar, pero podría hacerlo. El propósito de Francisco es que los padres tengan mucho cuidado con el modo de tratarse. Él sabe que a veces el matrimonio puede fracasar. El Papa pide que el daño sea el menor posible. Sabe que a veces es incluso necesario que los padres se separen. Lo dice así: “hay casos donde la separación es inevitable. A veces puede llegar a ser incluso moralmente necesaria, cuando precisamente se trata de sustraer al cónyuge más débil, o a los hijos pequeños, de las heridas más graves causadas por la prepotencia y la violencia, el desaliento y la explotación, la ajenidad y la indiferencia”¹⁸. Esta evidentemente podrá ser traumática para los niños. Pero el maltrato entre los cónyuges puede ser peor, puede provocar “heridas que dejan marcas para toda la vida”. “En la familia, todo está unido entre

¹⁷ 26 06 15.

¹⁸ 26 06 15.

sí: cuando su alma está herida en algún punto, la infección contagia a todos. Y cuando un hombre y una mujer, que se comprometieron a ser ‘una sola carne’ y a formar una familia, piensan de manera obsesiva en sus exigencias de libertad y gratificación, esta distorsión mella profundamente en el corazón y la vida de los hijos”¹⁹

La familia es normalmente la mayor fuente de felicidad de la personas, pero es también la causa de los mayores sufrimientos. En ella “todo está unido entre sí”. Las alegrías de unos alegran a los demás y, lo mismo ocurre con las penas: el dolor de unos hace sufrir a los otros. Por ello, el Papa insiste en la responsabilidad que tienen los padres. Si ellos son egoístas, si piensan solo en su libertad y su gratificación, dañarán a sus hijos²⁰. A Francisco le duele —como hemos visto— la separación de los padres y el daño que puede causar en los niños. Pero también celebra que algunas personas apoyadas en su fe y por amor de sus hijos den testimonio de fidelidad entre ellas²¹.

Otro sufrimiento familiar grande, es la situación de las parejas que han fracasado en su matrimonio sacramental, han vuelto a contraer un compromiso matrimonial y, por esto, no pueden participar comulgando en la eucaristía²². Pero, según él, la Iglesia, que tiene un corazón maternal, “busca siempre el bien y la salvación de las personas”. A Francisco le preocupa sobremanera la transmisión de la fe. Esta es el gran desafío pastoral de esta época. Vistas las cosas con los ojos de

¹⁹ 26 06 15.

²⁰ Cf., 26 06 15.

²¹ Cf., 26 06 15.

²² 05 08 15. En *Amoris laetitia* el Papa ha abierto esta posibilidad (291-300).

los niños, estos no podrían comprender a un Dios y a una Iglesia que excluya a sus padres:

Si luego contemplamos esta nueva unión con los ojos de los hijos pequeños —y los pequeños miran—, con los ojos de los niños, vemos aún más la urgencia de desarrollar en nuestras comunidades una acogida real hacia las personas que viven tales situaciones. Por ello es importante que el estilo de la comunidad, su lenguaje, sus actitudes, estén siempre atentas a las personas, partiendo de los pequeños. Ellos son los que sufren más en estas situaciones. Por lo demás, ¿cómo podremos recomendar a estos padres que hagan todo lo posible para educar a sus hijos en la vida cristiana, dándoles el ejemplo de una fe convencida y practicada, si los tuviésemos alejados de la vida de la comunidad, como si estuviesen excomulgados? Se debe obrar de tal forma que no se sumen otros pesos además de los que los hijos, en estas situaciones, ya tienen que cargar. Lamentablemente, el número de estos niños y jóvenes es verdaderamente grande. Es importante que ellos sientan a la Iglesia como madre atenta a todos, siempre dispuesta a la escucha y al encuentro²³.

Hemos dicho que en este artículo no hemos considerado *Amoris laetitia*. Pero es inevitable decir que el Papa es consistente en su manera de pensar. Las enseñanzas previas a la Exhortación apostólica convergen en esta de un modo natural.

²³ 05 08 15.

Amenazas contra la familia

Las amenazas contra la familia que el Papa Francisco detecta, además de las mencionadas más arriba, son fundamentalmente la pobreza, la cultura consumista y la desautorización de los padres de parte de los educadores.

Francisco arremete contra los especialistas en la educación de los niños que pueden saber mucho, pero que creen saberlo todo y, en el intento por cumplir su rol, terminan desautorizando gravemente a los padres. Afirma el Papa:

Intelectuales “críticos” de todo tipo han acallado a los padres de mil formas, para defender a las jóvenes generaciones de los daños —verdaderos o presuntos— de la educación familiar. La familia ha sido acusada, entre otras cosas, de autoritarismo, favoritismo, conformismo y represión afectiva que genera conflictos²⁴.

Evidentemente los padres pueden hacer daño a sus hijos y, en algún aspecto, su formación suele dejar heridas. Pero el piensa que, no obstante este riesgo, peor será que se abstengan de imponer a sus hijos obligaciones y corregirlos cuándo corresponda hacerlo. Los conflictos en la familia son parte de su realidad. Lo hemos dicho a la pasada más arriba. Pero estos mismos conflictos bien procesados, cumplen una función indispensable para la vida adulta en una sociedad que es conflictiva. Si los padres negaran sin distinción los conflictos en la familia, estarían dando la peor educación a sus hijos. Es menester, por el contrario, enseñarles a luchar,

²⁴ 20 05 15.

a vencer, a perder y a reconciliarse, pues los conflictos son una realidad no absolutamente negativa de la vida humana. El Papa sale en defensa de la autoridad familiar en contra de los expertos. Como si fueran estos teóricos de escritorio, ignorar de una realidad mucho más profunda. En aquella misma ocasión afirma:

De hecho, se ha abierto una brecha entre familia y sociedad, entre familia y escuela, el pacto educativo hoy se ha roto; y así, la alianza educativa de la sociedad con la familia ha entrado en crisis porque se ha visto socavada la confianza mutua. Los síntomas son muchos. Por ejemplo, en la escuela se han fracturado las relaciones entre los padres y los profesores. A veces hay tensiones y desconfianza mutua; y las consecuencias naturalmente recaen en los hijos. Por otra parte, se han multiplicado los así llamados “expertos”, que han ocupado el papel de los padres, incluso en los aspectos más íntimos de la educación. En relación a la vida afectiva, la personalidad y el desarrollo, los derechos y los deberes, los «expertos» lo saben todo: objetivos, motivaciones, técnicas. Y los padres sólo deben escuchar, aprender y adaptarse. Privados de su papel, a menudo llegan a ser excesivamente aprensivos y posesivos con sus hijos, hasta no corregirlos nunca: “Tú no puedes corregir al hijo”. Tienden a confiarlos cada vez más a los “expertos”, incluso en los aspectos más delicados y personales de su vida, ubicándose ellos mismos en un rincón; y así los padres hoy corren el riesgo de autoexcluirse de la vida de sus hijos. Y esto es gravísimo²⁵.

²⁵ 20 05 15.

Esta “brecha entre la familia y la escuela”, como vemos, al Papa le parece gravísima. En pocas catequesis Francisco ha sido tan enérgico en llamar la atención en contra de una realidad que, de hecho, está siendo perjudicial para la autoridad de los padres para educar y para los mismos hijos.

Con todo, la pobreza parece ser el peor de los peligros. Afirma el Papa:

En efecto, *la miseria social golpea a la familia y en algunas ocasiones la destruye*. La falta o la pérdida del trabajo, o su gran precariedad, inciden con fuerza en la vida familiar, poniendo a dura prueba las relaciones. Las condiciones de vida en los barrios con mayores dificultades, con problemas habitacionales y de transporte, así como la reducción de los servicios sociales, sanitarios y escolares, causan ulteriores dificultades²⁶.

Lo habíamos dicho a propósito de Chile. La mayoría de los chilenos, independientemente de su motivación ulterior, no quieren tener una familia mayor a dos niños y los cónyuges, porque saben que la pobreza puede arruinarlo todo. Hoy, cuando en todas las sociedades aumenta la inserción laboral de la mujer en la sociedad, el hogar suele depender de dos sueldos. Si falta el trabajo a uno de los cónyuges, la familia puede entrar en crisis; si ambos quedan cesantes, la familia corre grave peligro. Las causas de la crisis pueden no ser directamente la falta de trabajo y de dinero, pero estas carencias hacen emerger otros problemas como

²⁶ 03 06 15.

ser caracteres irascibles, depresiones, enfermedades que no podrán ser curadas.

Hay otro factor económico, social y cultural que estresa a las familias. Suele darse el caso de familias que tienen cubiertas sus necesidades fundamentales, pero sus expectativas de consumo son muy superiores a sus posibilidades. En este caso, en sociedades en las que es el consumo lo que da reconocimiento y prestigio, la frustración de no poder comprar lo que la publicidad promete puede ser enorme. Francisco advierte:

A estos factores materiales se suma el daño causado a la familia por pseudo-modelos, difundidos por los medios de comunicación social basados en el consumismo y el culto de la apariencia, que influyen a las clases sociales más pobres e incrementan la disgregación de los vínculos familiares²⁷.

En este sentido, también las familias acomodadas pueden estar en peligro.

Pero más dramático es el caso de los pobres que, no teniendo los bienes indispensables para vivir con dignidad, aspiran a adquirir bienes superfluos. Mientras mayores sean las expectativas de consumo en una sociedad, más grande es la frustración de no poder consumir y, por ende, de no ser nadie. Hoy sabemos que aquello que da identidad es el consumo. Los pobres pueden tener asegurados los bienes fundamentales (alimentación, vivienda, salud, trabajo, educación), pero si la desigualdad social es grande, si la expecta-

²⁷ 03 06 15.

tiva de poseer lo que los más ricos poseen no se cumple, en las personas puede darse una inconformidad deletérea que, en el caso de la familia, termina contaminando las relaciones. Es triste ver a un niño pedir a sus padres bienes que la publicidad promueve (muchas veces de manera innoble), pero es patético que los padres compensen el tiempo que no han dado a sus hijos —porque lo han dedicado a intereses egoístas e incluso por ganar más dinero—, con regalos caros o “chucherías”, como dice Francisco²⁸. Esta no es manera de formar a un niño. Lo es más bien de deformarlo.

Esto no obstante, donde más meritoria puede ser una familia y, por tanto, donde mejor pueden ser formados los hijos, es en las familias pobres. El caso es que, según el Papa, hay familias pobres notables que deben ser tomadas como ejemplo:

A pesar de esto, hay muchas familias pobres que buscan vivir con dignidad su vida diaria, a menudo confiando abiertamente en la bendición de Dios. Esta lección, sin embargo, no debe justificar nuestra indiferencia, sino aumentar nuestra vergüenza por el hecho de que exista tanta pobreza. Es casi un milagro que, en medio de la pobreza, la familia siga formándose, e incluso siga conservando —como puede— la especial humanidad de sus relaciones. (...) (N)osotros deberíamos arrodillarnos ante estas familias, que son una auténtica escuela de humanidad que salva las sociedades de la barbarie²⁹.

²⁸ Cf., 26 06 15.

²⁹ 03 06 15.

El elogio del Papa no puede ser mayor. Arriba hemos recogido las palabras de Francisco sobre la familia como “escuela de humanidad”. Aquí añado que las familias pobres “salvan” a la sociedad, la salvan de “la barbarie”. Entre líneas advertimos en estas fuertes palabras, aparentemente románticas, una profunda cristología. Las familias pobres que viven “con dignidad su vida diaria”, que confían “abiertamente en la bendición de Dios”, son en cierto sentido sacramento del misterio del Verbo encarnado no solo hecho hombre, sino hecho pobre para enriquecernos con su humanidad (1 Cor 8, 9). No hay en esto ninguna justificación de la miseria. Su pobreza debiera siempre activar nuestra solidaridad con ellas. Pero Francisco sana en la raíz el paternalismo social y espiritual de quienes pudieran creer ser superiores por gozar de familias “bien constituidas” o acomodadas. Las familias pobres, que son testimonio del amor de Dios, llevan la delantera en el reino de Dios, nos diría Jesús. Ellas visibilizan y hacen tangible la revelación cumplida en Jesucristo.

CONCLUSIÓN

De lo dicho arriba es posible extraer algunas conclusiones generales.

Un asunto decisivo en el planteamiento del Papa es invisible, pues solo se puede advertir por comparación con otros planteamientos. Francisco aborda el tema de la familia en una perspectiva pastoral y no en una doctrinal. Para él cuenta sobre todo la realidad concreta de las personas y de las familias, el camino que están recorriendo, su pasado y su

futuro. No le interesa cuadrar la realidad familiar en un concepto ideal, éticamente normativo. No le preocupa que haya familias “irregulares” ni divorciados vueltos a casar. Pero sí alentar a las personas a seguir adelante lo mejor posible.

Para el Papa la familia tiene una enorme importancia en sí misma. Esta es normalmente un ámbito de felicidad y en el cual las personas pueden también defenderse de los riesgos que amenazan destruirlas. Pero Francisco precave contra las familias ensimismadas. Su pensamiento es típicamente cristiano. La familia tiene un valor trascendente. Lo que en ella se vive y se aprende debiera ayudar a mejorar la sociedad. Ella es “escuela de humanidad”. La sociedad necesita de las familias porque en ellas las personas hacen experiencias fundamentales, adquieren los mejores sentimientos y valores; en ellas se desarrolla un sentido del prójimo.

Entre la familia y la sociedad es posible reconocer una circularidad que puede ser negativa, pero también positiva. Esta es la idea. En la misma medida que la familia ofrece a la sociedad personas bien formadas se constituye un “mundo doméstico” que, a su vez, ayuda y protege a las familias.

Es preocupante, por lo mismo, la brecha que el Papa detecta entre la familia y la escuela, en la medida que los teóricos de la educación pueden estar desautorizando a los padres en la enseñanza de sus hijos. Más preocupante es la pobreza. Mientras más pobres son las familias, más peligro corren de destruirse. Por otra parte, la sociedad de mercado convierte a las personas en individuos individualistas, consumistas o excluidos, seres humanos frustrados, todo lo cual tensiona y socava extraordinariamente a las familias.

En la familia se hacen las experiencias fundamentales de la vida humana. Lo que en ellas se vive y aprende sirve para todos los ámbitos de la existencia. Y, si se trata de

los más fundamental, en ella se experimenta la gratuidad. En ella las personas no se merecen unas a otras, sino que se reciben entre sí, especialmente a los hijos, como dones inmerecidos. Esta gratuidad también tiene una importancia en las relaciones sociales, diversas de las familiares. Por otra parte, nada expresa mejor el ser de Dios en relación con la humanidad que la gratuidad. Francisco utiliza la metáfora familiar para hablarnos del nivel más profundo de la existencia humana: entre todos los seres humanos, en virtud de la relación del Hijo con el Padre, pueden darse relaciones de paternidad y de maternidad, y de filiación. Los cristianos ven el mundo en clave de fraternidad.

La vida familiar cristiana, por esto mismo, es evangelizadora. En ella se aprende a orar. En la medida que las personas se aman como Dios las ama, ellas cumplen su misión de anunciar el reino de Dios. No deja de llamar la atención, por último, que Francisco reconoce un valor de salvación de la barbarie a las familias pobres, que no obstante las grandes necesidades que deben enfrentar, se mantienen unidas practicando los mejores valores. En estas familias es posible ver con más claridad aquello de que se trata. Por esto son un ejemplo para las demás.

DE LA ESPIRITUALIDAD INTROVERTIDA A LA EXTROVERSIÓN MISIONERA

El Papa Francisco ha impulsado cambios en varias direcciones. Uno de estos, muy importante, atañe a la espiritualidad. En mi opinión, con el Papa argentino se insinúa un giro mayor en la comprensión de la espiritualidad, desde una que ha puesto el énfasis la piedad interior o en el crecimiento espiritual de las personas a otra, la que Francisco representa, regida por la necesidad de la Iglesia de anunciar a todos los pueblos al Cristo que ella ha experimentado como su salvador y su liberador.

En este artículo ensayo una idea que va más allá de lo que el Papa propone, pero en base a lo que Francisco está queriendo hacer y que asoma en sus gestos y palabras, audaces y desafiantes. Me basaré en la Exhortación *Evangelii Gaudium* (EG). Pero, como digo, mi intención es explicar lo que avizoro. En este caso, un giro en el plano de la espiritualidad, el cual, incluso si no se llega a dar, vale la pena describir, pues de él depende un mejor futuro para el cristianismo.

Una primera cita de la Exhortación puede servirnos de contexto y de brújula:

El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los

demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente (EG 2).

HORIZONTE Y CONTEXTO

El giro en cuestión empalma directamente con el impulso pastoral y misionero del Concilio Vaticano II. El gran concilio quiso llegar a la humanidad sin distinción, en particular a los últimos, motivado por la convicción de que Dios quiere la salvación de todos, para lo cual impulsó un *aggiornamento* eclesial de enormes proporciones. Si entonces Juan XXIII representó nítidamente la superación de la postura antimodernista de la Iglesia pre-conciliar —postura de cerrazón y condena del “otro” no cristiano / no católico—, el Papa Francisco representa la superación del “invierno eclesial” posconciliar que ha terminado por replegar a la Iglesia sobre sí misma a todos los niveles. El Papa que en Semana Santa lava los pies a personas muy distintas, incluso a mujeres y algunas de ellas musulmanas, acoge al “otro” y se expone a él.

A mí parecer el contexto más amplio del significado del Vaticano II para la Iglesia de nuestro tiempo, es la crisis en la transmisión de la fe. Las causas pueden ser varias y discutidas, pero el hecho está a la vista: desde nuestro lado latinoamericano del mundo católico, advertimos que se rompió la unidad de la cultura cristiana y, en las actuales circunstancias, la fe no pasa serenamente de unas generaciones a otras

por vía de la tradición sino que, en el mejor de los casos, es una opción personal. La Iglesia se encuentra en un mundo en el que la modernidad derrotó a sus fieles con su oferta de autonomía y en el que la posmodernidad los mismos cristianos han terminado por convertirse en individuos aislados, muchas veces víctimas de su propia independización. Lo que la Iglesia tiene delante, y también “dentro” de ella, entre sus fieles, son sujetos muy difíciles de convencer con las exigencias comunitarias del amor; *a fortiori*, cuando estas exigencias, en nombre de la fe, les son impuestas contra su razón o por la mera fuerza institucional.

El Papa Francisco fue elegido especialmente para reformar la Curia romana. Días antes de su elección el Cardenal Hummes dijo: “la Iglesia no funciona”, se refería evidentemente a la institución eclesiástica. El Cardenal Martini, poco antes de morir, lamentaba que la Iglesia estuviera “atrasada en doscientos años” y recomendaba al papa Benedicto XVI llamar a doce hombres de fuera de Roma para gobernar. El dato de que Francisco fuera elegido para esta misión con una enorme cantidad de votos, indica que sectores ideológicamente distintos coinciden con la tarea por hacer. Pero Francisco, aun empeñado en esta tarea, ha salido con algo que tal vez sus electores no esperaban, esto es, acciones evangélicas y gestos simbólicos que señalan cuál es la misión de la Iglesia y, de paso, cuestionan su institucionalidad eclesiástica actual.

El Papa Francisco representa a una Iglesia “en salida”, es decir, “abierta”. No es para nada claro que Francisco vaya a triunfar. Si no triunfa, el proceso de repliegue de la Iglesia sobre sí misma seguirá su curso: se irán los católicos que no soporten más la separación de fe y razón que se les impone desde arriba; otros, los que se queden, si nadie se hace cargo

de ellos, continuarán aprovechando “a su manera” lo que la institucionalidad eclesial les ofrezca en el mercado de la religiosidad o serán reclutados por los movimientos católicos conservadores que en algunos de ellos escindirán piedad y cultura y a otros los jibarizarán para que no piensen, para que crean que ellos siempre tienen la razón y que todos los demás están equivocados.

LA CRISIS DE LA ESPIRITUALIDAD INTROVERTIDA

Hacia los años ochenta, recuerdo vivamente un cambio que advertí en el canto litúrgico. Estaba el general Pinochet en el poder y todavía cantábamos por las calles de Santiago “el pueblo gime de dolor, ¡ven y sálvanos!”. Pero esos mismos años, en ambientes no muy distintos, oí un canto de una intimidad tan exclusiva con Jesús que me llamó mucho la atención. ¿Comenzaba a reaparecer la recuperación de un vínculo personal con el Señor? Creo que sí. Hasta entonces el cristianismo había querido comprobárselo en el compromiso social. Pero, desde entonces, se acentuó en mi generación y las siguientes la tendencia a encontrar al Señor en ambientes recoletos, en talleres de oración, en ejercicios espirituales, en eneagramas y en diarios de Progoff. Se repuso la dirección espiritual que comenzó a ser llamada acompañamiento espiritual. Se la practicó con exhaustividad. En la formación de los jesuitas, sin ir muy lejos, la preocupación por el crecimiento de las personas ha podido parecer más importante que su disponibilidad para la misión. Desde otras veredas, se

ofreció cura y meditación oriental, orientaciones psicológicas de auto ayuda y sabiduría sincrética.

Lo que desde los años ochenta operó cada vez con más fuerza, fue una vuelta a la interioridad. Las personas, probablemente cansadas de una época tremendamente ideologizada en la cual el cristianismo se jugaba en la calle y en demandas sociales, económicas y políticas, buscaron lo que se les adeudaba. Lo encontraron donde pudieron, algunas veces aprovechando a la institucionalidad eclesial, pero generalmente al margen de ella. Lo encontraron o dejaron de encontrarlo en una sociedad que se ha ido secularizando a una velocidad impresionante, pero cada vez menos en la Iglesia católica. Las autoridades eclesiales más atentas a cuestiones doctrinales, han carecido de creatividad para inventar nuevos cauces a la espiritualidad de los fieles, pero tampoco la han propiciado en los demás. El resultado de este proceso, además de otros factores, en el caso de Chile, es impresionante. Los católicos han descendido al 60% de la población. Desde hace unos veinte años son aproximadamente un 1% menos cada año.

En este escenario, chileno en particular, el Papa Francisco aparece criticando las negatividades de una vuelta a la interioridad. No todo retorno a encontrar a Dios en el fondo del corazón es auténtico. El Papa combate enérgicamente un tipo de individualismo espiritual. Al hacerlo, tira la cuerda hacia el otro polo de la experiencia espiritual cristiana, el de la misión al prójimo y del servicio al bien común. Francisco desenmascara la que llama “mundanidad espiritual” (EG 93), las nuevas versiones del antiguo fariseísmo, la religiosidad centrada en la apariencia, la cual, en realidad, solo busca “la gloria humana y el bienestar personal”. Describe las dos fuentes que la alimentan:

Una es la fascinación del gnosticismo, una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos. La otra es el neopelagianismo autorreferencial y prometeico de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado. Es una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo (EG 94).

Las palabras del Papa son muy duras. La mundanidad espiritual consiste en una falsa interioridad:

Es una tremenda corrupción con apariencia de bien. Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio! (EG 97).

La crítica se dirige a la interioridad huera de quienes aparentan representar a Dios, o fingen amor a la Iglesia o compromiso social. Francisco ve en ella un gran peligro para la Iglesia. Él quiere interrumpir su curso. Lo hace lanzando

a los católicos fuera, fuera de sí mismos, hacia los demás. A estos mismos nuevos fariseos que quieren ver a la Iglesia encerrada en espacios sagrados, Francisco les advierte:

Nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos (EG 183).

El Papa recuerda, en contra del individualismo espiritual, que la fe cristiana tiene una dimensión política ineludible:

Una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Si bien “el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política”, la Iglesia “no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia”¹. Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor (EG 183).

¹ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 28.

LA IGLESIA “EN SALIDA”

El Papa Francisco ha acuñado un concepto feliz: la Iglesia “en salida”. Se trata de la extroversión misionera que pide a los católicos. Es en esta extroversión que vemos que ha de inscribirse la experiencia espiritual personal de los cristianos. Ella es para estos orientadora y correctora del individualismo que los acecha. Este modo de entender dinámicamente a la Iglesia dice relación con tres asuntos que el Papa subraya: la misión de anunciar a Jesucristo, de hacerlo en primer lugar a los pobres y en cuanto Iglesia. En consecuencia, podríamos decir, una experiencia espiritual será más o menos cristiana, en la medida que sea regida y corregida por la pertenencia a una Iglesia que va realmente a todos cuando abre sus puertas a los pobres.

La misión como tarea y como prueba de cristianismo auténtico

El Papa Francisco nos remece, nos tironea, como quien saca a alguien del sueño. Nos habla de “la dulce y confortadora alegría de evangelizar” (EG 9). Lo hace convencido. Recuerda que el Evangelio es una “buena noticia” que debe ser anunciada con gozo hasta los confines de la tierra. Su empeño evangelizador entronca con la encíclica *Evangelii nuntiandi* (1975) de Pablo VI y, más recientemente, con la conferencia de Aparecida (2007): los cristianos hemos de ser misioneros discípulos, lo cual implica ser discípulos misioneros. No es posible postergar lo uno en favor del desarrollo de lo otro. Son dos aspectos del seguimiento de Cristo que se requieren y articulan simultánea y recíprocamente. Siendo misioneros se es discípulos; ser discípulo significa ser misioneros.

Francisco nos llama encontrar a Cristo afuera, en el ir hasta los confines territoriales y humanos de este tiempo, arriesgando la interioridad, someténdola a la prueba acreditadora del encuentro con los otros. El Papa es insistente en la necesidad de encontrarnos con los demás. Los demás son los prójimos a los cuales Jesús salía a encontrar. El Papa Francisco reubica la espiritualidad en el horizonte de un cristianismo misionero. Esta, que siempre ha sido la tarea primordial de la Iglesia, es también hoy el mayor desafío. Nuevamente el Papa nos apela en lo más hondo. Si tomáramos en serio el envío del resucitado a evangelizar a todos los pueblos, “reconoceríamos que la salida misionera es *el paradigma de toda obra de la Iglesia*” (EG 15).

Al trasfondo de sus palabras está su inconformidad con el cristianismo individualista, burgués, cómodo. Por otra parte, debe admitirse que salir a misionar produce temor, pues exige encontrarse con “otro” que puede cuestionarnos y desenmascarnos. Misionar, cuando no significa ir a los otros para reclutarlos a una agrupación religiosa que no se interesará por ellos sino por su sumisión o su número, es un riesgo. Misionar es exponerse al juego de las libertades cuyo resultado final es impredecible. A veces, en este plano, se triunfa perdiendo, pues es necesario hacer espacio a los demás y permitirles que nos relativicen. De aquí que, cuando reconocemos que el prójimo nos gana en buena lid, el gozo de la derrota pueda ser enorme. En esto consiste el Evangelio. Esto es, la alegría de recibir la Buena noticia de Dios a través del prójimo. Se lo experimenta cuando nos arriesgamos a él, en el ir y venir de este prójimo, inermes ante su aceptación o rechazo. El Evangelio se transmite con fragilidad, con humildad, pero también con arrojo. Dice el Papa:

El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: ‘Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad’ (2 Co 12,9) (EG 85).

El Papa fundamenta su intención en la Sagrada Escritura. Así como en la Biblia los patriarcas y profetas fueron llamados a “salir”, también las comunidades y los cristianos deben discernir cómo hacerlo ellos también:

En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de “salida” que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (Gn 12,1-3). Moisés escuchó el llamado de Dios: “Ve, yo te envío” (Ex 3,10), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (Ex 3,17). A Jeremías le dijo: ‘Adondequiera que yo te envíe irás’ (Jr 1,7). Hoy, en este “id” de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva “salida” misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20).

Es típico del mismo Evangelio ir fuera, llegar a los demás con coraje y alegría:

La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. La experimentan los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (Lc 10,17). La vive Jesús, que se estremece de gozo en el Espíritu Santo y alaba al Padre porque su revelación alcanza a los pobres y pequeñitos (Lc 10,21). La sienten llenos de admiración los primeros que se convierten al escuchar predicar a los Apóstoles “cada uno en su propia lengua” (Hch 2,6) en Pentecostés. Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá. El Señor dice: “Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido” (Mc 1,38). Cuando está sembrada la semilla en un lugar, ya no se detiene para explicar mejor o para hacer más signos allí, sino que el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos (EG 21).

El contenido de la evangelización misionera no puede ser otro que Jesucristo, el Cristo vivenciado personalmente como amor que, en cuanto amor cristiano auténtico, espontáneamente mueve a darlo a conocer a los demás. Quien ha contemplado la vida de Jesús, quien ha desarrollado un conocimiento personal de Cristo, no puede sino anunciarlo, compartirlo:

La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de

hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial... La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás (EG 264).

La Iglesia como sujeto primero de la experiencia de Cristo

En la Exhortación *Evangelii gaudium* el concepto de Iglesia “en salida” es enormemente significativo. Aquí merece ser destacado que, si bien son los católicos y los agentes pastorales los que son motivados a salir de sí mismos e ir a los demás, el sujeto primero de esta salida es la Iglesia misma, ella como la primera beneficiada con el Evangelio; ella, como sujeto colectivo de la experiencia de Jesús. Esto a mi parecer constituye un correctivo fundamental a la espiritualidad introvertida que conviene superar. Algo dice Francisco de esto: los discípulos “son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva” (EG 92). Es la Iglesia como un todo que tiene la experiencia íntima de Jesús, experiencia que se da en el camino, yendo a

anunciar al mismo Jesús con prontitud: “la intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión ‘esencialmente se configura como comunión misionera’². Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo” (EG 23). El Papa pide al Espíritu Santo “que venga a renovar, a sacudir, a impulsar a la Iglesia en una audaz salida fuera de sí para evangelizar a todos los pueblos” (EG 261).

Es más, la Iglesia en salida es una Iglesia abierta a que los demás entren en ella. Se sale, cuando los demás entran. Salir es dejar entrar. Y que los que entren, entren a una Iglesia que los acoge enriqueciéndose con ellos. En ella conocerán al Señor Jesús, como quien los acoge con lo que traen. “La Iglesia ‘en salida’ es una Iglesia con las puertas abiertas” (EG 46). Según el Papa, “la Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre” (EG 47). También lo dice en relación a las murallas que la institución eclesial antepone a los mismos católicos, impidiéndoles radicar su espiritualidad en la sacramentalidad de la Iglesia. Cabe preguntarse aquí: ¿no ha sido en buena medida la Iglesia institucional que cierra puertas a sus propios fieles, la que les dificulta o impide el acceso a los sacramentos, la causa del individualismo espiritual que se lamenta? El Papa levanta una autocrítica: “Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas” (EG 47).

Salir es un riesgo. Una Iglesia “en salida” misionera puede accidentarse. Las imágenes que Francisco usa para expresarlo han llamado la atención:

² Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 32.

Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, *sin una comunidad de fe*³ que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: ‘¡Dadles vosotros de comer!’ (Mc 6,37)” (EG 49).

Una Iglesia que quiere llegar a todos, una “comunidad de fe” que contenga a cualquier tipo de personas, que les abra sus puertas para que en ella tengan una experiencia personal de Cristo, no puede no experimentar grandes tensiones. Tensiones, sin embargo, de otro tipo que las que se producen en una Iglesia cerrada sobre sí misma, la Iglesia de los mismos, que piensan lo mismo y que se cierran a la

³ El destacado es mío.

novedad que otros pudieran aportar. Esta pretende exportar el conflicto hacia afuera. Se enfrenta a los que no comparten “la” verdad. En realidad, esta Iglesia de los que tienen “la” verdad oculta los conflictos que la atraviesan, los niega, los camufla, autosantificándose incesantemente, autoabsolviéndose en secreto, porque a ella solo le interesa que se vea el error de los de fuera. La Iglesia vuelta hacia adentro se enferma. Entre una Iglesia enferma y una accidentada, hemos de preferir esta última.

Siempre habrá conflictos en la Iglesia. El Papa llama a la unidad. Pero la unidad no puede ser responsabilidad exclusiva de la institución eclesiástica. La comunión entre todos, como resultado de una apertura y de una reconciliación eclesial, debiera constituir una dimensión clave de las experiencias espirituales personales. Si la Iglesia es el sujeto primero de la experiencia de Cristo, estas experiencias personales debieran ser afectadas por los conflictos entre los cristianos y dentro de las comunidades particulares sin sucumbir a ellos. La comunión eclesial, lograda a veces arduamente, debe ser un componente de una experiencia cristiana de Dios. Exige una extroversión de las personas individuales a hacerse cargo de la misión *ad extra* de la Iglesia, y asumir los riesgos que tal apertura normalmente acarrea a la unidad entre los cristianos. Quienes “entren” normalmente debieran cambiar a los que ya “están”. El enriquecimiento mutuo se da con agitaciones. El roce de este ir y venir de personas y de mentalidades en el que la Iglesia consiste, debiera cualificar el encuentro espiritual con Dios y no ser considerado una distracción en su contra. Esto así, no será posible delegar simplemente al gobierno de la Iglesia la resolución de la conflictividad que afecta a toda sociedad y que, en alguna medida, es responsabilidad de todos.

Al Papa no le asustan tales conflictos. Una Iglesia accidentada es señal de estar en lo suyo. Sí le parece grave, en cambio, una Iglesia enferma de sí misma, asfixiada por sus conflictos de poder, asustada de sus sombras. También a una Iglesia “enferma” o “accidentada”, Francisco llama a superar sus divisiones. Esta superación, empero, la reconciliación eclesial como experiencia y tarea tendría que afectar la experiencia personal de Dios en su raíz. De lo contrario, los cristianos hemos de lamentar que la máxima “Cristo sí, Iglesia no” es tan nuestra como fatal. La Iglesia no tiene “salida” posible si en el corazón de cada cristiano no se da una identificación radical con su misión, como una misión que es responsabilidad de todos y que se dirige primeramente a quienes tendrían que encontrar en ella una casa en la que vivir en paz y comunión.

Opción por los pobres: la prueba de fuego

Nada ha llamado más la atención que el nombre que el Papa eligió para cumplir su misión y su opción por los pobres (sean estos migrantes o los muertos de Lampedusa, los vagabundos de cualquiera gran ciudad, los enfermos, los abandonados, los ancianos, los divorciados vueltos a casar y tantos otros). Él escogió el nombre del pobre de Asís para representar claramente una reforma de la Iglesia en pobreza. Su expresión: “cuánto quisiera una Iglesia pobre y para los pobres”, no será olvidada. No lo será nunca por los mismos pobres, al menos.

A mi entender, el Papa ha horadado la experiencia espiritual introvertida con el movimiento y la dirección que querido darle a la Iglesia. Si la vida interior no integra una opción por los pobres no debiera ser llamada cristiana.

Quien no opte por los pobres, por más que ore y procure ser un perfecto observante religioso, simplemente no es cristiano. La apertura a los pobres es el criterio principal de la extroversión misionera que Francisco impulsa y representa, y la prueba que más autoridad da a él como Papa.

Ir a todos, para Francisco, es ir primero a los últimos: los pobres. Esto es muy claro en *Evangelii gaudium*:

Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que ‘no tienen con qué recompensarte’ (Lc 14,14). No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, ‘los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio’⁴, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos (EG 48).

En línea con lo anterior, la Iglesia ha de abrir sus puertas a los pobres, constituyéndose para ellos en su propia casa. Así ella será efectivamente sujeto primero de la experiencia de Cristo. No bastará con que haya cristianos que se ocupen

⁴ Benedicto XVI, *Discurso durante el encuentro con el Episcopado brasileño en la Catedral de San Pablo, Brasil* (11 mayo 2007), 3: AAS 99 (2007), 428.]

de los pobres. La Iglesia misma debe convertirse a los pobres, debe volverse un lugar habitable para ellos, sobre todo debe acoger lo que traen para aportar, acogerlos a ellos mismos con su dolor, con su creatividad y su capacidad de revelar a Cristo. Francisco recoge el pensamiento de Benedicto XVI y se extiende en el tema:

Esta opción —enseñaba Benedicto XVI— ‘está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza’⁵. Por eso quiero una *Iglesia pobre para los pobres*⁶. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos (EG 198).

Los pobres son un criterio decisivo del cristianismo:

Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación. Únicamente esto hará posible que ‘los pobres, en cada

⁵ Cita el *Discurso en la Sesión inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe* (13 mayo 2007), 3: AAS 99 (2007), 450.

⁶ El destacado es nuestro.

comunidad cristiana, *se sientan como en su casa*⁷ ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino?⁸. Sin la opción preferencial por los más pobres, ‘el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día’⁹ (EG 199).

A todos los cristianos corresponde asumir la opción por los pobres. En ella se juega la índole misionera de la Iglesia. Para Francisco, de ella depende la autenticidad de una conversión espiritual:

Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social: ‘La conversión espiritual, la intensidad del amor a Dios y al prójimo, el celo por la justicia y la paz, el sentido evangélico de los pobres y de la pobreza, son requeridos a todos’¹⁰. Temo que también estas palabras sólo sean objeto de algunos comentarios sin una verdadera incidencia práctica. No obstante, confío en la apertura y las buenas disposiciones de los cristianos, y os pido que busquéis comunitariamente nuevos caminos para acoger esta renovada propuesta (EG 201).

⁷ El destacado es nuestro.

⁸ Juan Pablo II, *Novo Millennio ineunte* (2001) 50.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción *Libertatis nuntius* (1984) XI, 18.

¿Cuántas transformaciones tendría que hacer la Iglesia para sanar en la raíz la experiencia espiritual de los cristianos, contaminada de favoritismo por los ricos e egocentrismo espiritual? Mientras la Iglesia sea un lugar en el que los pobres se sientan de visita, todo está pendiente. El crecimiento espiritual de cristianos aislados, la espiritualidad introvertida, incluso cuando no peca de individualista, no habrá pasado la prueba de fuego.

CONCLUSIÓN

En la vida de las personas y de las instituciones hay movimientos histórico-espirituales, grandes tendencias que aparecen y desaparecen según la fuerza con que se expresen los polos de atracción. Francisco representa un modo de entender el cristianismo que remonta a Francisco de Asís y otros santos y mártires que han hecho de la pobreza el *check in* al cristianismo.

En este ensayo he procurado mostrar lo que está en juego con su pontificado, a saber, una Iglesia “en salida” misionera, toda una extroversión hacia la universalidad de los seres humanos, comenzando por los más pobres, que se constituye en fragua purificadora de experiencias espirituales personales de Cristo y, en particular, de la que llamo espiritualidad introvertida proclive al individualismo que ha predominado en el “invierno eclesial” del posconcilio. Esta fue una Iglesia que se asustó con la libertad y creatividad del Vaticano II, con las experimentaciones de cristianismo que el gran Concilio auspició, nos ha asfixiado.

Francisco, más allá de lo que sus gestos y palabras logren expresar, representa una nueva experiencia espiritual. Esta, me parece, radica en el Cristo que la Iglesia experimenta con gozo cuando lo anuncia exponiéndose ella misma en el ir a todos sin excepción y privilegiadamente a los pobres, con su pobreza y su manera de vivir el Evangelio.

ORIGEN DE LOS TEXTOS

COLUMNAS

Pueblos miserables de la tierra: *El Mostrador*, 24 de marzo de 2017.

La teología “en veremos”: *Religión digital*, 29 de diciembre de 2016.

Vigencia de la Teología de la liberación: *Religión digital*, 22 de enero de 2017.

La reforma litúrgica debe continuar: *Reflexión y liberación*, 3 de febrero de 2017.

Crítica participación de las mujeres en la Iglesia: *El Mostrador*, 6 de marzo de 2017.

Criterios para leer *Amoris laetitia*: *Religión digital*, 28 de mayo de 2016.

¿Qué pueden hacer los divorciados para comulgar en misa?: *Reflexión y liberación*, 2 de junio de 2016.

La Iglesia católica en pausa: *El Mostrador*, 10 de septiembre de 2017.

ARTÍCULOS

Cambios que el Papa representa: Revista *Reflexión y liberación*, XXVIII, 110 (2017) 20-25.

Un Papa latinoamericano: Revista *Iter*, 69 (2016) 131-144.

El mundo en el pensamiento de Francisco: Revista *Iter*, 69 (2016) 177-190.

Importancia de la familia: Revista *Iter*, 69 (2016) 157-176.

De la espiritualidad introvertida a la extroversión misionera: Revista *Cuadernos de espiritualidad*, 196 (2014) 47-60.